Año XIX. — Núm. 2469 — Buenos Aires, DOMINGO 14 de Febrero de 1915 — (Porte Pago) — Número suelto: 5 centavos

LA PROTESTA

DIARIO DE LA MAÑANA

OFICINAS: CALIFORNIA 1235

U. Telef. 317, Barracas

Giros y valores a nombre del administrador

F. VILLARRUEL

Aviso de Administración

En lo sucesivo, diríjanse los giros y valores a nombre de F. Villarruel.

CARNAVAL

Ya estamos en el día de la risa; mejor dicho estamos en el día del dolor exteriorizado brutalmente, expresado en las carcajadas estruendosas. Hoy ensayamos las muecas de la felicidad; cansados de la conducta del año, de la vergüenza de nuestro servilismo, nos apresuramos a taparnos la cara para presentarnos ante nuestros hermanos los hombres con el prestigio de lo desconocido. Podemos un momento desechar nuestras mezquindades ordinarias, nuestras inquietudes habituales, para gozar de una grandeza ilusoria profundamente confortadora; podemos gozar un instante el infinito placer de ser reyes aclamados, reinas coronadas, aristócratas poseedores de todos los encantos de la vida... El disfraz que oculta nuestra existencia real nos rodea de misterio; conseguimos la admiración de las gentes, logramos reconcentrar en nosotros la atención de mil ojos que interrogan con ansia. Pasamos como una interrogante que desafía las más penetrantes miradas; la careta que cubre nuestra cara desolada, nuestras arrugas causadas por las penas del año, mantiene en la duda los juicios ajenos, detiene el pensamiento en los cerebros extraños. Somos de verdad un alto personaje, una eminencia, un hombre feliz, o un pobre diablo del conjunto anónimo del pueblo? Cómo distinguir la realidad a través del disfraz? Ese que pasa a nuestro lado gesticulando, pintado el rostro de colores varios, no tendrá un dolor reciente que llorar? El misterio acompaña a los enmascarados; las miserias de nuestra existencia nos impiden mostrarnos descubiertos.

Tememos la opinión ajena; nuestras caídas, nuestros servilismos, nuestras indignidades y nuestros vicios, serían reconocidos si no nos ocultáramos en las sombras.

Queremos producir la sensación de la bondad, la sensación de la felicidad; abrazamos a todo el mundo y reímos estrepitosamente. El que recibe de nosotros una demostración de compañerismo, no sospecha que, bajo el disfraz se esconde su peor enemigo; abrimos los brazos espontáneamente y trabajamos con el pensamiento el bloc de los odios... Nos ocultamos por vergüenza y por cobardía; si somos buenos no nos atrevemos a descubrirnos y si somos malos lo mismo. Es que a pesar de los lazos que nos unen, de la fraternidad que parece acercarnos, estamos realmente solos; nadie armoniza perfectamente con nadie, cada hombre es un extraño para los demás. Estamos clavados en el egoísmo, en nuestro círculo no hay sitio para otros corazones; el interés fija a cada uno de nosotros un punto determinado, inabordable, inaccesible para los extraños. El hombre es para nosotros un material útil; pasamos todos los días del año pensando en el modo de beneficiarnos. Si sabemos que estamos distanciados por el egoísmo, si comprendemos que, de alma a alma solamente existen relaciones de interés, cómo atrevernos a mirarnos cara a cara, como cruzar nuestras miradas sin la careta salvadora?... El carnaval es un alivio para el alma; queremos ocultar las muecas interiores, las mascaradas del espíritu con la bullanga exterior; el sonido de los cascabeles adheridos a los disfraces amortigua los clamores de la conciencia...

El carnaval es la fiesta de la sinceridad? Creemos que el carnaval es la fiesta del arrepentimiento, el día que helamos en nuestro espíritu todo interés, que buscamos el perdón; todos deseamos quedar bien con los hombres, queremos que las sonrisas y los apretones de manos espontáneos tranquilicen nuestro corazón. A pesar de todo, el arrepentimiento no deja de visitarnos; reímos al exterior, pero el espíritu hastiado, desconsolado se pliega en muecas horribles. Todos estamos descontentos de lo que somos; la fugaz transformación exterior no es más que el deseo de cambiar nuestras relaciones; comprendemos perfectamente a los que suspiran por la venida de Momo; comprendemos a los que se lamentan por su rápida desaparición. Dos o tres días es poco tiempo para calmar las angustias del alma; tocar la esperanza y verla de pronto desaparecer, desconsuela profundamente; la vuelta a los días ordinarios, volver a las tareas habituales produce un inmenso hastío. Después del carnaval los rostros descubiertos presentan señales sombrías; las arrugas que produjo el vicio o la desesperación nos hablan de las agonías de la muerte; roto el misterio de los disfraces los hombres se nos aparecen como son: dibujos lamentables, realidad de sombras esclavizada a los trágicos destinos...

Tenemos sed de amor, sed de esperanza en la bondad y en la justicia; un minuto nos descargamos de todo lo que hay en nosotros, por unos instantes nos adherimos con fuerza a los espíritus; la maravillosa intuición de un momento nos mueve a simpatizar hasta con las fealdades más tristes; comprendemos nuestro origen común, nos reconocemos hermanos. Saludamos alegremente a los leprosos y a los pordioseros; regalamos sonrisas a las mujeres pobres huérfanas de cariño. Dejamos el alma en libertad; ensayamos felizmente la verdad y la sinceridad y, no obstante, el egoísmo que imprime a nuestro espíritu una mueca horrible, nos sentimos con disposiciones suficientes para elevarnos a las categorías dignas y superiores... Lástima que sea solamente dos o tres días por año la visita del angel que hay en nosotros al santuario de las almas ajenas, al huerto de los espíritus; lástima también que no nos atrevamos a aparecer sin careta, descubiertos, con la sonrisa en nuestros labios brillando a la luz. La sinceridad y la verdad de los días de carnaval debería reinar todo el año; el egoismo que huye únicamente un breve momento debería huir para siempre; los intereses no deberían ya más manchar nuestras relaciones, dividirnos... Mientras no nos entreguemos unos a otros descubiertos, mientras sigamos divididos por intereses mezquinos existirá nuestra miseria, nuestro dolor y nuestro espíritu seguirá contorsionáandose en las muecas de una felicidad horrible...

Federico Fructidor

El último número de «Tierra y Libertad», nos trae la infausta noticia del fallecimiento del camarada Palmiro Marbá, a quien los lectores de la prensa anarquista conocían por Federico Fructidor pseudónimo que usaba en sus interesantes escritos.

Asíduo colaborador de «Tierra y Libertad», en sus columnas ha revelado su penetración de estudioso consagrado al culto de las ideas y de las letras.

Dícese de Fructidor que a los 16 años reunía condiciones intelectuales suficientes para actuar con lucidez en la palestra libertaria; y desde entonces, hasta sus veintitrés años que ha sellado la muerte, su fecunda producción, ha sido el reflejo de un espiritu selecto y una robusta mentalidad.

La reciente muerte de Lorenzo hace más sensible la desaparición de uno de los más jóvenes de los propagandistas que están llamados a continuar y robustecer la obra del viejo que ha descansado sólo con la muerte.

Palmiro Marbá era todo una promesa para la acción constante del anarquismo, y por esto se le estimaba mucho.

Su inesperada y prematura muerte, ha truncado una labor individual superior a todos los cálculos que han podido hacerse para valorizar la intensidad con que su pensamiento irradiaba el mundo exterior.

ACTUALIDADES

El diploma

Un senador de provincia tiene un hijo completamente imbécil; por esto desea verlo con un diploma para que el mundo reconozca sus talentos. Pero, en la escuela donde concurre el hijo del senador hay un director un poco escrupuloso; no cree, o no ha creído hasta ahora conveniente titular al joven. El senador se ha enojado, ha promovido un escándalo mayúsculo, hasta ha llegado a pegar al director.

No comprendemos los escrúpulos del director; si no tuviéramos los diplomas, las distinciones de honor, correríamos el peligro de ver confundidos a los imbéciles con los hombres de verdadero talento. El que vale realmente no necesita de patente alguna; sus obras son sus mejores documentos. El diploma en vez de servirle, le estorba; porque el diploma es profundamente conservador, posee un caracter eminentemente útil. El diploma es un cheque, un documento de interés del cual podéis sacar grandes beneficios; el hombre desinteresado, el hombre acostumbrado al pensamiento libre en manera alguna puede utilizarlo; al contrario, lo inutiliza, sus pensamientos lo conducen a ir contra él...

Las universidades son para los mediocres; sabemos que el genio muere de hambre e ignorado. Un ingeniero incompetente con título, será preferido en todas partes; en cambio un obrero inteligente será mal pagado y no se le concederán atenciones d eninguna especie.

Obra perfectamente el senador reclamando hasta con los puños el diploma para su hijo; rogamos al escrupuloso director que abandone su negativa. Precisamente porque es imbécil el hijo del senador, hay que regalarle el título; tenemos que señalarlo para que no se confunda con el talento.

Un señor diputado

«Haceos de cuenta, ahora, que quien os habla es un niño»... «o que mi criterio es el del ex-estudiante»... «o que el diputado ha dejado de serlo, para ser hombre y pensar humanamente». Estas palabras, convenientemente hiladas, las pronunció el joven Alcides Greca, en la Cámara de Santa Fe. Hasta son filosóficas, y comentario sesudo podrían merecernos, si no temiéramos que ese «amateur» de la ironía, más o menos difícil o facil, lo tome en serio. Aunque el joven Greca se imagine un discípulo del señor Bergeret, nosotros lo sospechamos algo sensible a las veleidades de la fama. Y nuestros elogios podrían marearlo, al extremo de que, olvidándose de la responsabilidad que exigen tan juicicsas frases, se sintiera otra vez diputado. No le queremos mal a Vd., joven Greca, y por lo tanto hay que descontar que será vana la suposición de un pláceme, siquiera modesto.

Pero, de por medio existe algo que nos interesa. Una persona medianamente sensata, para no morir de hastío en una reunión de diputados, fuerza el humor y se da a los discursos disolventes. Algunos verán en ello hasta rasgos geniales; nosotros admitimos que sea razonable. Tan crasa es la tontería, peculiar a las sesiones de un congreso, que pueden decirse hasta palabras insultantes sin mayor peligro. Cierto que este joven padre, que otrora fué anarquista, usa de un tono suave, impregnado de lejanas reminiscencias anatolescas. Pero así y todo, resulta significativo que las veladas injurias de un mozo imberbe, pasen en silencio; prueba eso, después de muchas cosas, la idiotez de los conspícuos diputados.

Vaya. Diviértase Vd. joven Greca; sus fáciles extravagancias, y esas sus «irónicas» salidas de tono, nos harán amena la obligada lectura del diario de sesiones. Pero, amigablemente, fraternal y bíblicamente, — que diría Vd, — atienda un consejo: Cuídese, no le vayan a dar una patada, esos bestias.

"¡Eh, nos morigeramos!..."

Así, frotándose las manos, cucamente y aún gravemente, pueden decir los socialistas. Hacemos el descubrimiento en los sueltos, cívicos y serios, de «La Vanguardia». Número a número, se habla de la prudencia, de la honradez periodística, de los derechos de la verdad y de otras cosas que, dichas por ahí, resultan admirables tonterías. Si persisten en ese programa de moralización, nos vamos a encontrar perdidos... sin saber a qué atenernos... Nos van a resultar Vds. unas gentes adustas, abstrusas e incomprensibles; porque a la verdad, en un diario socialista, difícil es interpretar esa jerga neopatriótica y burguesa.

Pero, ¡ah!... un momento. Tenemos recuerdo de una divina trompada digna de Aquiles, de varias humanas trompadas dignas del señor Costa...; mas, nunca creímos que acarrearan los coscorrones, efectos tan extraordinariamente morigeradores... ¿Estamos en la Luna? No; juramos que es efecto grande, — positivo y grande — el de una trompada, si logra que un periódico revolucionario, inclinándose a suaves orientaciones, publique sueltos pringados de humildad beatífica y casi santurrona...

Parece que un gorila alto, empleado del Congreso, le meneó leña a un periodista... a un pobre reportero, días pasados. Y con el auxilio de «otros graves casos», los socialistas confeccionan un buñuelo defendiendo la dignidad de la prensa; pero, por lo que «ulteriormente» pueda acaecer, muy prudente, en términos recatados que apenas dejan traslucir una indignación comedida.

Pues bien; esto nos parece sintomático. Estimados enemigos, pierden Vds. la fibra. Y francamente, ante ese «deslomamiento del carácter», nos hacemos reaccionarios solo por un segundo, para aconsejar a los fieros gorilas del Congreso, leña y leña sobre el lomo de los reporteros babiecas, y sopapo limpio en la cara de los diputados del pueblo.

No obstante esto, concedemos a Vds. anuencia para decir que se morigeran.

Sebastian Faure por la paz

Entre los militantes anarquistas más prestigiosos, figura Sebastián Faure y quizá por lo estimables que son sus opiniones sobre los asuntos contemporáneos, se le ha hecho figurar maliciosamente entre el grupo de partidarios de la guerra. A objeto de desvirtuar esa falsa aseveración, y por el alto significado que encierra como llamado a la conciencia de todos los hombres libres, publicamos el manifiesto que Faure dirige personalmente a los socialistas anarquistas y sindicalistas incitando a la reflexión para reaccionar contra la continuación de la guerra.

El llamado es más que todo, una afirmación de ideas y la justificación

de la conducta individual frente a los acontecimientos. Faure recuerda que hace 25 años lucha por los grandes ideales de solidaridad universal, respondiendo a sus convicciones que no han sido modificadas por la brusquedad de los sucesos y agrega que prefiere sufrir cualquier consecuencia por no ser comprendido, antes que deshonrar su vejez con acciones e indignas de sus antecedentes de militante.

Por su extensión nos vemos obligados a dejar una parte del manifiesto para el número del martes.

El día internacional

Disección de telegramas

La guerra sigue marcando con signos trágicos las ciudades de Europa. El afán de «vencer» aguza el ingenio de los directores de la matanza que asegura la victoria a uno u otro bando sobre el mayor número de cadáveres.

El militarismo es un monstruo que se agiganta aureolada de sangre y de humo.

El simbolismo de la paz es el alma del cañón, y la máquina aérea que cruza el espacio llevando el mensaje de la muerte.

Mientras el cañón sigue aturdiendo con su estrépito y sus proyectiles devastando vidas, sólo sabemos que hay guerra y gloria para los asesinos.

—

Las aereonaves de combate, al decir de un corresponsal, ofrecen un hermoso espectáculo en sus maniobras. Aereoplanos contra zeppelines y verbigracia, se persiguen para inutilizarse. La habilidad y arrojo de los aviadores se pone a prueba.

Ultimamente en Dunkerque se produjo un encuentro de éstos y las bombas arrojadas causaron infinidad de víctimas. Las autoridades, dice el mencionado corresponsal, ordenaron a los pobladores ocultarse en los sótanos para preservarse del efecto de las bombas, pero nadie quería perder detalle de esos revuelos maravillosamente trágicos, y sufrían las consecuencias del mal gusto.

Como demostración patriótica, los pobladores, principalmente las mujeres con los niños en brazos salieron a la calle cantando mientras pasaba una flotilla de zeppelines alemanes y recibieron una lluvia de explosivos.

Si todos los habitantes de las zonas conflagradas sienten pasión por los espectáculos de esa naturaleza habrá que decir: ¡siga la guerra!

—

En Méjico, la situación creada por los caudillos es cada vez peor. Los presidentes provisionales son para el país como las plagas de Egipto.

Carranza acaba de expulsar al ministro de España en Méjico, desconociendo la representación oficial.

Se considera la actitud de Carranza, como una demostración de hostilidad a los españoles, que tiene su especial significación en el desarrollo de los sucesos revolucionarios.

—

En España la miseria levanta una oleada de protestas. Las multitudes sin pan ni trabajo gritan inútilmente en las calles.

La desocupación aumenta progresivamente por la crisis económica.

Anteayer se ha efectuado en Castellón de la Plana un mitin en el que tomaron parte más de tres mil personas entre hombres y mujeres.

En Sevilla, Almería, Cádiz y otros pueblos, se han efectuado idénticas demostraciones.

En Arrazola ha sido suspendido el trabajo de las minas, quedando sin trabajo un buen número de obreros.

La razón y la fe

Las antiguas instituciones sociales subsisten todavía, pero transformadas. Han experimentado cien evoluciones y en cada una han perdido algo de su fuerza. ¿Por qué no habrá podido llegar ya la hora de su eliminación definitiva? Esta posibilidad es hoy para mí indudable. Voy a decir por qué, y a examinar con este objeto la naturaleza y el estado del cristianismo.

Deponga el lector por un momento todas sus preocupaciones religiosas. Sea quien fuere, de seguro que se está levantando del fondo de su conciencia la sombra de la duda. La duda es hoy general en los hombres. Se aparenta, se quiere creer, no se cree. ¿Por qué? Porque la razón ha venido a examinar la fe, y la fe no sufre examen, la fe se desvanece ante el examen, como ante la luz, las sombras y las tinieblas. ¡Ay! y la fe es como la virginidad, no se recobra.

Hace siglos alzó un filósofo la voz y dijo: La razón es soberana. Después que le creyeron los pueblos, ¿cómo había de poder sostenerse en pie ningún misterio? El misterio es, con todo, el alma de las religiones; quitádselo, y sucumben. Empezó desde entonces la obra de la destrucción del cristianismo. No solo se le atacó en sus formas; se le atacó en su esencia, en su espíritu, en su dogma, y fué pronto el objeto de la crítica general y del sarcasmo. El eco de la nueva impiedad resonó pronto en todas las naciones, llegó a la nuestra, aunque más tarde. Nuestros padres le oyeron y dudaron; y nosotros fuímos concebidos en la duda.

Aunque joven aun, he sondado el corazón de muchos, de muchos que, a mis ojos, creían. No he hallado la fe en ninguno. He visto, por lo contrario, agitarse en todos el escepticismo bajo el velo de la hipocresía. Los más sinceramente religiosos han exclamado al oirme: ¡Ay! dejadme en paz, dejadme cerrar los ojos sobre tan terribles cuestiones»; sin advertir que con estas palabras revelaban también que la humareda de la duda empañaba sus vacilantes creencias.

¿Qué de extraño para una generación que ha visto hace veinte años arder los conventos de su patria, derribar del ara sagrada de los altares las imágenes de Dios y de los santos, levantar sobre la punta de las bayonetas las momias de los primeros mártires, hacer gala de llevar la impiedad en el espíritu, y en los labios la blasfemia? ¿para una generación que ha oído decretar en pleno parlamento la venta a pública subasta de los bienes del clero, y hoy ve aún a los ateos de aquel tiempo viviendo ricos y tranquilos sobre el patrimonio de la Iglesia? ¿para una generación que ha contemplado a Italia arrojando del Vaticano a los sucesores de San Pedro, y sabe que la nación que fué a salvarlos, hoy, después de seis años, tiene aún atrincheradas sus legiones vencedoras en la ciudad de Roma? ¿para una generación que ve encendida en Oriente una guerra asoladora, y encubiertas sus verdaderas causas bajo el hipócrita pretexto de querer sostener dos naciones su pretendido derecho a la llave de un sepulcro santo?

Se me dirá que exagero; que el reinado de la incredulidad ha pasado, y la juventud vuelve los ojos al Dios del cristianismo. ¿Es cierto? Despojada esta juventud de creencias, y sin convicciones con que substituírlas, siente la debilidad propia de la duda: he aquí por qué ora y se prosterna. ¿Ora de corazón? ¿es la simple idea de Dios la que le hace doblar la frente y la rodilla? No ya la fe, la misma duda la determina a ciertos actos religiosos. Dicen que al borde del sepulcro llora y se arrepiente, reconoce la verdad de la religión católica, y abjura sus errores; ¿es posible que no se comprenda que solo la duda le arranca también esa confesión sentida y dolorosa? Las sombras de la muerte agrandan la duda, como la niebla los objetos. ¿Qué será de mi espíritu? exclama con horror el moribundo: ¿concluirá con mi último suspiro? ¿sobrevivirá a mi cuerpo? ¿pasará realmente a un tribunal divino, y oirá sobre su eterno porvenir la última palabra? Sus candorosas creencias de la infancia pasan ante su imaginación en confuso torbellino; y aturdido, fuera de sí como el que se ve arrastrado por espantosos vértigos al fondo de un abismo, si halla entre sus manos la cruz, se abraza con ardor a la cruz de Jesucristo.

Dejad que esa juventud, ahora escéptica, se convierta en pensadora; que halle en una escuela filosófica el modo racional de explicar sus relaciones con Dios, la humanidad y el mundo: la duda se transformará en negación, y á no dudarlo hallaréis dentro de poco rodeadas de silencio y soledad nuestras iglesias. ¿Qué ilusiones caben ya sobre la bastarda devoción de nuestros días? ¿No estamos oyendo aún la carcajada que acaba de soltar Europa al leer que se ha convocado un concilio para hacer un artículo de fe de la inmaculada concepción de la Virgen?

El clero mismo ha perdido la viva y ardiente fe de los apóstoles. ¿Ve triunfante la revolución? Calla y se humilla. ¿Vencida? Levanta la voz solo para revelar su impotencia y pronunciar estériles palabras. Si quiere estimular la caridad, fomenta el vicio; si acomodarse a las tendencias de la época, renuncia a su natural gravedad y permite la profanación del templo. No se presta generalmente al sacrificio: la austeridad le espanta. Codicioso como el siglo, lo pone todo a precio: la oración, la predicación, los sacramentos. Hasta su jefe vende a peso de oro sus dispensas. Con oro se proponen lavar las manchas del pecador contrito, con oro abrirle las puertas del paraíso, con oro mantener cerradas para él las de su merecido infierno. La duda no corre menos por sus labios que por los de la ciega muchedumbre.

Pi y Margall.

La ignorancia del saber

Indudablemente, todos los actos, todos los esfuerzos del hombre tienden a este solo fín: el embellecimiento de la vida, de su vida, emancipada de todo yugo. De esto, debería deducirse que su existencia evoluciona normalmente y poco a poco, con la posesión de un siempre mayor bienestar y de más libertad, hacia la realización de ese deseo. La realidad, sin embargo, es muy diferente. Por más que el hombre haga, su suerte no mejora. El progreso, en vez de ser el instrumento de su liberación, de ser fuente de esperanza que comunique con las orillas de ensueños, lo aherroja más tristemente a su triste condición de paria. ¿Por qué, eso? ¿Cuál es la razón de esta imposibilidad desesperante? Sabemos que ella está, en parte, en la forma política de la sociedad, en los privilegios de que gozan indebidamente los burgueses parásitos, en la existencia del capital, de la propiedad privada, etc. Pero se dice que está también y principalmente, en la ignorancia del trabajador. ¿Es ésto cierto? Sí y nó; es decir, no se podría afirmarlo categóricamente sin antes saber lo que se entiende por ser instruído, teniendo en cuenta que los ignorantes están excluídos de la dirección de la producción y del manejo de la cosa pública.

Tenemos, efectivamente, que esa dirección está en manos de los más aptos y capaces, y sin embargo la clara inteligencia y los conocimientos universales de estos últimos nada pueden contra el malestar social. ¿A cuáles causas, entonces, hay que atribuir tan extraña anomalía? ¿A mala voluntad, desidia, indiferencia de su parte? No, puesto que los vemos a todos ellos muy ocupados en la realización de obras relacionadas con el bien general, unos en la industria textil, otros en la metalúrgica y los demás en la elaboración de productos diversos o en la confección de códigos o de leyes reguladoras de las acciones individuales.

¿Entonces?

El ejemplo siguiente, hará comprender por qué esta dirección de los instruídos y capaces no da el resultado deseado.

Una empresa construye un subterráneo. Al proyectarlo, sus constructores tuvieron en vista la solución de un problema de vialidad. Su iniciativa, por lo tanto, parece conveniente, plausible.

Constructores y empresarios, cierto es, piensan realizar, con la explotación de esta obra, grandes beneficios personales; pero, el público igualmente, quedará beneficiado con el establecimiento de un servicio de locomoción rápida que le permita trasladarse en el mínimo de tiempo de uno a otro punto.

Del hecho de que todos, público y capitalistas ganan con la nueva obra, debería deducirse que esta obra representa un progremo apreciable sobre lo existente, además de ser una bella aplicación de los conocimientos científicos del hombre. Y sin embargo, ¿representa realmente esta obra un beneficio? Es la construcción del subterráneo un progreso del que debamos regocijarnos?

Esa es la cuestión. Aparentemente, sí, el subterránco constituye un progreso. En realidad, no hay tal progreso. ¿Por qué? Porque la construcción de la línea responde a una necesidad creada por un vicio de organización social, no a una necesidad real de los individuos. Si ese vicio en la forma social no existiese o desapareciera, es claro que no habría necesidad de perforar túneles, cuya construcción si bien exige, de inmediato, una suma de esfuerzos enorme, ésta, sin embargo, no es comparable a la que, permanentemente, pide su funcionamenito normal.

Ese cúmulo de trabajos nuevos a efectuar: extracción del carbón en las minas, fabricación del material rodante, fundición de rieles, cables, etc., producción de la fuerza motriz eléctrica, construcción y conducción de las máquinas generadoras del fluido, ocupaciones del personal encargado del servicio, representa para el hombre un aumento exagerado de actividades, un desgaste de energías musculares y cerebrales en desproporción con el beneficio obtenido, puesto que todo recargo de trabajo equivale, a esta altura de nuestra civilización, a una disminución de libertad y de salud.

Pero, ¿cuál es ese defecto de la organización social que obliga a ese mayor desgaste de energías?

Esto es lo que no se han preguntado los intelectuales, los científicos: ingenieros, directores y técnicos, que horadaron el subsuelo. Ellos solo vieron que la circulación en las calles de la ciudad se hacía imposible por el mayor movimiento de rodados y el crecimiento de población, y sin averiguar si ese mayor movimiento del tráfico y ese aumento de población, es un bien o un mal para la colectividad y si no convendría crear otras ciudades que fuesen menos pobladas y más higiénicas, pensaron únicamente en la posibilidad de subsanar el inconveniente resultante de la congestión urbana, haciendo vías superpuestas, sin reparar en que tal solución significa una agravación en la esclavitud del productor.

En una sociedad de solidarios y de libres, lo primero que ante una dificultad de la naturaleza apuntada, ocurriría a sus miembros, sería saber cuáles son las causas que nos obligan a hacer obras nuevas, tan colosales y penosas como la construcción de vías subterráneas, y encontradas estas causas empeñarse en destruirlas, con lo que iría desapareciendo la necesidad de ocuparse en labores que esclavizan.

Pero, en la actual organización social no se piensa así. Mejor dicho, nadie se preocupa de estas cosas. Verdad es que, individualmente, nada podría intentarse en el sentido de simplificar lo existente.

El individuo que sobre los hombros carga el peso de estas inútiles complicaciones, bien se da cuenta que «esto» anda mal, pero como él, en ningun momento se preocupó de hallar la explicación del por qué de tanta anormalidad, resulta que acepta con satisfacción grande toda mejora que se le presenta como debiendo beneficiarlo, no comprendiendo que si «uno» le dan, «diez» habrán de quitarle.

Las grandes ciudades modernas favorecen las empresas magnas. Pero estas obras colosales que la existencia de ciudades tan dilatadas hizo necesarias, crean un sinnúmero de trabajos nuevos que centuplican la labor humana, con lo que la vida se vuelve movimiento perpétuo y preocupación constante, haciendo que del hombre huyan la tranquilidad y el placer de vivir.

Es preciso tener bien presente que todas las grandes empresas capitalistas, todas las grandes obras modernas, «sin excepción», son sinónimas de esclavitud, miseria y agotamiento de vida. Al obre-

de, pues, con justicia, culpar de su opresión y explotación por el hecho de su ignorancia, que lo pone a las órdenes del capital. Si el proletario fuera instruído, — instruído de ciencia burguesa, puesto que no se da otra —, si tuviera los conocimientos necesarios para poder proyectar grandes obras como las que dan celebridad a los ingenieros de nuestros días, y si pudiera substituirse al amo en todo y por todo, él no sería, por eso, más libre ni más feliz, porque su labor adolecería del mismo vicio originario de que adolece la obra de la ingeniería capitalista, creadora de esclavitud. Y su obra adolecería de tan grave defecto, porque la instrucción recibida no capacita al hombre para pensar sobre lo útil o perjudicial que para la buena marcha de la sociedad pueda resultar la labor individual que no tenga por guía un bien colectivo. Nociones de sociología y conocimiento de su derecho es lo que al individuo le hace falta para comprender el mecanismo social y transformarlo hasta lograr su emancipación económica y política. Así solamente, y con ese elevado propósito de mejoramiento humano, es como su saber podrá, dentro del progreso, coadyuvar a la obra de libertad y bienestar sociales y hacer eficazmente beneficiosas las conquistas de la ciencia.

El verdadero saber debe ser creador de dicha. Cuando la obra del saber da un resultado contrario, es señal de ignorancia en el saber. Por más que esta obra sea grandiosa o fantástica, es preciso combatirla, y auspiciar otra ciencia que traiga la abundancia entre los hombres, los liberte de yugos, los deje dueños de su vida.

Pierre Quiroule

CUADROS del NATURAL

LAS APARIENCIAS

Un anciano, septuagenario, que con inseguro paso dirigíase calle abajo, hacia el puerto, desvanécese y cae. Intenta levantarse y no puede. Interviene un vigilante, y luego otro, y tomándolo por ambos brazos, pónenlo de pie, sosteniéndolo, pues, ha perdido el conocimiento.

Uno de los guardianes del orden, acerca su patibulario rostro al muy lívido y venerable del infeliz septuagenario, y exclama:

—Ah, sos vos! Te conozco bien! Hacet'el sonso, nomás!

Y en seguida, dirigéndose a su cabeza:

—Es «Chiquín», ladrón conocidísimo.

—Pero parece que ha perdido el conocimiento...

—Qué!, si lo hace de pícaro!

Y dicho esto, el «tutelador de vida e intereses», empezó a zamarrear al anciano, con lo que hízolo caer de nuevo.

Como el desventurado viejecito seguía sin dar señales de vida, requiérese una ambulancia.

A todo esto habíase reunido buen número de curiosos, algunos de los cuales, habiendo oído los juicios del representante policial de que tratábase de un ladrón vulgar, retiráronse echando quien más quien menos, un anatema sobre semejante pillastre.

—

Conducido el accidentado, a la Casa de Socorro, se constata que tratábase de un caso de inanición.

Aquel anciano hacía varios días que no probaba alimento alguno.

Horas después al practicarse las averiguaciones que establecen su identidad personal, comprobóse:

Que era un honorable vecino.

Que hallándose en la miseria más absoluta, habíase echado a la calle dispuesto a pedir limosna, lo que luego no atrevióse a hacer.

—Porqué alejábase tan preocupado, calle abajo, — inquiriósele cuando reanimado un poco tomábasele declaración.

—Iba, — repuso serenamente, a consumar la única liberación que me quedaba: suicidarme, arrojándome al río.

COMO SE VIVE

Por el camino real que conduce a Monte Flores, iban dos «lingheras», despedidos de todos los establecimientos rurales e pecuarios, «por no haber trabajo». Ni un rincón donde albergarse; ni un mendrugo, habían conseguido por más que rogaran.

Iban en consecuencia, hambrientos e irascibles.

En una revuelta del camino topáronse con un señor grueso, tipo de estanciero quien guiaba una americana tirada por bien cuidado tronco. Verlo, nuestros dos hombres, y echarles el alto, fué todo uno. Expusieron brevemente la situación angustiosa porque atravesaban, y pidieron protección.

El interpelado viendo brillar en los ojos de los necesitados una «terrible» amenaza (la amenaza del hambre), se fusta de labrada plata, y dió a cada uno tal zurrazo, que arrojólos en tierra. Enseguida azuzó el corcel, y salió a todo escape.

Los dos infelices medio aturdidos por el golpe, levantarónse furando y rejurando, y reanudaron su dolorosa peregrinación.

Poco trecho habían recorrido cuando dieron con un potrero en el que pastaban algunos cientos de vacunos; y cegados como iban por el hambre y la injusticia, traspusieron el cerco y sin más ni más degollaron un ternero, desollaron a prisa una parte del mismo, y allí, a pocos pasos, encendieron lumbre con algunas briznas y dispusiéronse a cocer un trozo de carne para calmar el frío de sus estómagos.

A todo esto habían transcurrido unos treinta minutos; de pronto reapareció el de la americana en compañía de un sargento y un agente de policía, precipitándose los tres sobre los dos infelices. El «señor grueso», que resultaba ahora dueño de la hacienda donde habíase cometido el destrozo, enarboló la fusta y golpeó repetidas veces a los dos «canallas», mientras los policías amarrábanles fuertemente y a empellones encamináronlos hacia la Comisaría de donde con voluminoso sumario serán pasados a la cárcel a purgar larga y dolorosa condena por el solo hecho de haberse apoderado de lo que por ser de la Naturaleza, les pertenecía por derecho propio.

¡Magnífica legislación social!

¿QUIEN LLEVA A QUIEN?

Iba por una vereda del llamado Palacio de Justicia, entre dos vigilantes, un desastrado individuo. Habíasele detenido por estar ébrio y haber intentado golpear a un ave negra patentado, que en una demanda por cobre de pesos, habíalo dejado en la calle, precipitándolo al vicio.

Pocos pasos habían andado cuando aparecióse un mozalbete luciendo, muy orondo, los distintivos de meritorio, y acercándose a los agentes, interrogolos:

—Y éste? Se ha resistido?

—Si señor... por eso lo llevamos así.

—Muy bien. Meneenlé palo no más para que aprenda a respetar la Policía.

El detenido reconoce en el oficial un vagabundo del puerto, y a quien solo hacía tres meses habíalo recogido de lástima una noche en su domicilio, completamente borracho, y vestido de andrajos. Después, habíalo visto siempre en compañía de gente de mal vivir.

—Es Vd., Faustino, — exclama el preso, al reconocerlo. Hágame largar. Es una injusticia lo que se hace conmigo.

—Nada, nada! Llévenlo nomás! Atorrante! Borracho!

Al oir estos dicterios, el detenido, irguióse, con la ira asomada al rostro, y espetó al ensoberbecido «oficialete».

—¡¿Y a vos, quien te lleva!?

José Ruiz Acosta.

Rosario, 1915

Cobranza del diario

Se comunica a los suscriptores de la capital que desde la fecha hasta el 20 del actual, pasará el cobrador a hacer efectivos los recibos.

Recomendamos a los mismos se sirvan dejar el importe de la suscripción en sus domicilios para evitar que el cobrador haga viajes inútiles.

La Administración.

BOICOT a la QUILMES

Declarado por Delegados de las Sociedades Obreras y aplicado por los trabajadores de todo el país

Al VII Congreso de la F.O.R.A.

Espero — y hago votos porque así sea, — que en el próximo congreso de la F. O. R. A., los delegados compenetrados de su verdadero papel y consecuentes con los principios de la organización obrera, realicen obra seria, de armonía, de consolidación, sin dejarse arrastrar en la discusión por otro movil que no sea el de la verdad, sin descender a los pequeños enconos personales, ni olvidar que el enemigo del proletariado, el capitalismo es el más interesado en que la discordia inutilice, dividiéndolas, las fuerzas de la organización. Por encima de todo interés particular que quiera primar, está el interés de la revolución que pertenece por entero a los productores, en cuanto éstos son los llamados a realizarla colectivamente.

Una condición fundamental se requiere ante todo, para que los buenos propósitos, las iniciativas y la salud de los organismos obreros, se desenvuelva sin que se malogren los frutos que anhelamos: la libertad de ideas, la más ámplia libertad para la exposición y discusión de todas las ideas. Que en las asambleas obreras no se impida al obrero socialista, anarquista, sindicalista, católico, etc., exponer su credo, su ideal y los medios de lucha que les parecen más acertados: que al discutirse las cuestiones que se susciten, nadie encuentre restricción al emitir su juicio de acuerdo con sus ideas particulares. He ahí lo que creo fundamental para la unificación obrera.

Sobre esa base, ¿quién puede negarse a formar parte de las asociaciones obreras porque tenga tales o cuales ideas, porque pertenezca a este o al otro partido?

De esta forma la orientación del proletariado, no será obra exclusiva de ningún partido político ni de ninguna escuela filosófica; pertenecerá, en cambio, al choque de las ideas de todos, a la discusión de todas ellas dando así en cada caso la actitud del sindicato y su orientación.

Exigir la neutralidad del sindicato es absurdo desde que es imposible la del sindicado; la mayoría adoptará siempre una de las diversas ideas o actitudes que se expongan y cualquiera que ella sea pertenecerá a alguna tendencia política, social o económica.

Pero si juzgo absurdo preestablecer su adhesión a cualquier tendencia de las que se disputan el movimiento obrero; y, rechazando ambos temperamentos, no queda otro que el de la libertad de exposición de ideas, para que de la discusión de las que se ofrezcan, surja la que convenga adoptar en cada situación, sin preocuparse del origen que pueda tener.

El próximo congreso debe ser motivo de resurgimiento, de vigorización para los sindicatos hoy en plena crisis, achatados, impotentes, quebrantados como nunca, incapacitados para la menor resistencia a la desmedida explotación capitalista. Y se conseguirá este resultado si los delegados se proponen olvidar pequeñeces y armonizar, en el verdadero criterio de la lucha obrera, todos los sindicatos del país.

—

Al lado de los problemas planteados por la situación del proletariado en el país y que sin duda serán discutidos en el congreso de la F. O. R. A., hay otros que, puestos de relieve en Europa por el estallido de la guerra, merecen, a juicio mío, detenida atención de los militantes y organizaciones.

La guerra no se intentó evitarla; los obreros de Europa no realizaron ningún movimiento para impedirla desde el primer momento, a pesar de las muchas declaraciones de congresos donde se discutió la actitud del proletariado. ¿Por qué los obreros de los países en guerra olvidaron que las fronteras no separan a los trabajadores de la clase a que pertenecen?

Esta es la primera pregunta que uno se formula al saber que los obreros van a la guerra. La contestación que dan, es la siguiente: nuestra guerra es una guerra defensiva, para arrojar el invasor del suelo nacional: repelimos una agresión bárbara, dicen los franceses, y los alemanes: nuestra nación se encuentra oprimida por una guerra sorda, de desprestigio, se nos quiere impedir la colocación de nuestros productos, matando nuestras industrias, nuestra cultura, nuestra civilización.

En una y otra contestación y en todas las que podáis conseguir, veréis que la guerra está patrocinada por el principio de las nacionalidades.

He aquí las siguientes preguntas que se nos presentan: ¿debe reconocer el proletariado el principio de las nacionalidades? ¿debe oponerse a las guerras de conquista solamente? Las guerras defensivas, para arrojar el invasor del suelo nacional, ¿deben contar con nuestra neutralidad, con nuestro apoyo o con nuestra oposición?

La simple contestación de que a la guerra se contestará con la huelga general, me parece insuficiente. Es preciso algo más claro que lo hasta hoy alegado como fundamento y razón de esa declaración. Hay que tener en cuenta que la diplomacia de cada país es lo suficientemente hábil para ocultar los móviles de las guerras, presentando al país enemigo como un inferior en civilización y cultura y el primero en agredir. La diplomacia procura en toda circunstancia quitar de encima la responsabilidad de la guerra sin creer que obra bien al tomar las armas.

En el supuesto que la opinión obrera considerara justa la guerra defensiva y quisiera favorecerla con su concurso decisivo, ¿quién podría darnos la certidumbre de que la agresión partió de éste y no de aquel contendiente, cuando en estos casos se sabe que nadie quiere ser el responsable y lo que menos claro aparece, es la verdad y la mentira flota en todas partes, en la prensa o en el gobierno, en los trabajos de los diplomáticos o en los círculos comerciales?

Pero, aunque se averiguara que la la responsabilidad de la guerra toca a los gobernantes de tal pueblo, ¿cómo responsabilizar, sin evidente injusticia, al pueblo de lo que hacen sus gobernantes? ¿No hay entre el interés del proletariado y la defensa y conservación de las supuestas nacionalidades por parte de ese mismo proletariado un contrasentido chocante?

El trabajador, en cualquier país del mundo que se encuentre, pertenece, por su condición, a la misma clase obrera y tiene por enemigo más próximo, al capitalista. Su condición de explotado lo coloca en el mismo plano de lucha que a todos los trabajadores del mundo, ¿cuál es el motivo para que reconozca, entonces, el principio de las nacionalidades? ¿Las naciones no representan, acaso, una serie de intereses contrarios a los intereses internacionales del trabajador?

No; el proletariado no puede reconocer el principio de las nacionalidades.

José Borobio.

(Continuará).

HACIA LA PAZ.- Llamamiento.-- A los socialistas, sindicalistas revolucionarios y anarquistas

Queridos camaradas:

A fines de Julio último, los acontecimientos se han precipitado con una rapidez tal, han sido, durante algunos días tan numerosas y contradictorias las informaciones, que, en fin, la guerra se ha desencadenado sobre Europa con tan aterradora brusquedad, que, sorprendidos, desconcertados, arrancados trágicamente a su sueño de fraternidad universal, sufriendo para decirlo todo, la locura general la mayor parte de nuestros camaradas, — antes que ellos tuvieran tiempo de reflexionar y tomar la precaución de concertarse, — han sido arrastrados en el inmenso movimiento que, de la noche a la mañana, impulsó a millones de hombres los unos contra los otros.

Después, con una perseverancia y un ardor excepcionales, esos camaradas han expuesto las razones de su conducta.

Ellos han dicho:

«El ataque ha venido premeditado y brutal de Alemania, enchida de orgullo y llevado por el espíritu de dominación y de conquista que la caracterizan».

«La victoria austro-alemana, sería el triunfo de la barbarie, del despotismo, de la iniquidad y de la fuerza, la derrota de la Civilización, de la Libertad, de la Justicia y del Derecho».

«Nuestro deber como nuestro interés debe ser el de obstruir el paso a las hordas bárbaras y diezmarlas».

«El militarismo alemán amenaza y turba incesantemente la paz del mundo; él es la llave del militarismo universal».

«Por la victoria, nosotros romperemos para siempre esta intolerable amenaza y en partiéndole los riñones de forma definitiva al militarismo prusiano, mataremos, por vía de consecuencia, el militarismo mundial».

«Social-demócratas, sindicalistas y revolucionarios alemanes, han manchado como un solo hombre bajo las órdenes del kaiser, para aplastar la Francia de 1792, la Francia republicana y democrática».

«Los socialistas, sindicalistas, revolucionarios y anarquistas franceses no pueden hacer de otro modo que defender la República y la Democracia odiosamente acometidas».

El momento no está para vana discusión

Yo no quiero traer aquí ni crítica ni aprobación.

Reconozco que, «presentado de esta forma», la actitud de nuestros camaradas que, desde la primera hora, han, sin excitación, casi sin reserva, marchado y arrastrado a sus amigos bajo las banderas, es perfectamente defendible. No obstante, sin causar injuria a la sinceridad de los camaradas, es permitido de pensar y de decir con Juan Grave («Bataille Syndicaliste» del 16 de Diciembre):

«La sin razón de número de camaradas ha estado en qué para justificar su participación en la guerra han traspasado los límites hablándonos de la defensa de nuestros derechos, de nuestra libertad y de comparar la situación presente a la de 1792, y de hablar del soplo de libertad que la Europa ha dirigido contra la Alemania».

Pero me guardo de insistir, pues que, lo repito, no quiero emprender aquí la menor discusión.

Más tarde, una vez pasada la tormenta, cada uno expondrá su sentimiento y los motivos que dictaron su conducta.

Frente a las realidades

En el día de hoy, después de cinco meses de una guerra encarnizada, atroz, la sola cosa que nosotros podíamos, que debíamos hacer, es la de colocarnos virilmente y con sangre fría en frente de las realidades y preguntarnos lo que hay lugar a hacer.

Por centenar y centenares de miles, los hombres jóvenes, vigorosos, valientes, son ya puestos fuera de combate: muertos, heridos, enfermos, prisioneros, desaparecidos. Por tierra, por mar, en los aires, la muerte acech[illegible]tras innumerables víctimas, ciuda[illegible] [illegible]queadas villages arrasados, obras de arte anonadadas, trabajo de múltiples generaciones destruído, ansiedad, duelo, ruínas, miseria y sufrimiento por todas partes. Es el cortejo abominable y fatal de todos los los conflictos armados y este cortejo es tanto más espantoso y doloroso cuando que éste resultará más vasto, más violento y más prolongado.

Jamás desde los orígenes de la historia ha sido dado al hombre asistir a un tal espectáculo de matanzas científicamente organizadas, de carnicerías metálicamente perpetradas.

Y cada día se añade a la lista de las víctimas, a la suma de las ruínas, un número de desolaciones que hará enorme el total de las tristezas y de las angustias.

¡La realidad, la espantosa y descarnada realidad, hela ahí!

¿No ha estado en poder de ninguna persona impedir esta abominación? — Sea.

Socialistas, sindicalistas, revolucionarios, anarquistas, ¿no tienen y no podrían tener alguna responsabilidad en el desencadenamiento de ese cataclismo? — Sea todavía.

Fieles a las decisiones de sus Congresos, a los compromisos solemnemente contraídos, ellos han dejado, por el contrario, de poner en práctica lo que habían prometido. Pero la guerra — que execra hoy día lo mismo que ayer — les ha sido impuesta, no la han querido; ¿han sido obligados a sufrirla? Sea todavía.

Internacionalistas, han sido siempre los adversarios irreductibles de la guerra, partidarios indefectibles de la paz; ¿ellos los son más firmes que nunca?

—Yo no lo dudo.

¡Es bastante: es demasiado!

¡Y bien! Es a esos camaradas: socialistas, sindicalistas, revolucionarios y anarquistas que yo me dirijo y les digo:

Esta guerra nos ha sorprendido cuando el proletariado internacional no había todavía podido realizar, por encima de las fronteras, un acuerdo y una organización bastante potentes para matar la guerra.

Esta guerra — que no ha sido querida por la clase obrera de ningún país— ha sido, por la voluntad asesina de ciertos gobernantes, impuesta al proletariado de todas las naciones en lucha.

Nosotros no hemos tenido ni la fuerza, ni — quizás — el coraje de evitar el crimen y, por el encadenamiento detestable de irresistibles fatalidades, hemos debido hasta hoy y después de cinco meses, participar de ese crimen.

¡Es bastante; es demasiado!

¿Vamos nosotros, benevolentemente y sin protesta a prestar nuestra colaboración a la continuidad de esos horrores que nuestro corazón detesta, que reprueba nuestra razón y que condena nuestra conciencia?

¿Será dicho que, adversarios de la guerra en tiempo de paz, hemos venido a ser adversarios de la paz en tiempo de guerra?

¿Pues que en nosotros ha estado la imposibilidad de evitar las hostilidades, no tenemos el deber de intentarlo todo para ponerles fin?

Sí; poner fin a las hostilidades, lo más pronto posible y en condiciones tales que un régimen de paz, duradera, garantice, en el porvenir, a cada nacionalidad su independencia, el respeto de sus derechos, de sus libertades, de sus intereses; el deber del día de hoy está ahí: imperioso, indiscutible, sagrado.

Yo tengo la satisfacción de encontrarme, sobre este punto, en completo acuerdo con un hombre a quien su enérgica declaración y su noble actitud le tiene valido el entusiasmo y admiración y la completa aprobación de todo lo que nuestro país cuenta de socialistas, de sindicalistas, de revolucionarios y de anarquistas.

Escuchad a Karl Liebeknecht explicando sus razones al rechazar los créditos militares.

«Una paz rápida y que no humilla a persona alguna, una paz sin conquistas, he ahí lo que hace falta exigir. Tardos los esfuerzos dirigidos en este sentido deben ser bien escogidos. Solo la afirmación continua y simultánea de esta voluntad, en todos los países beligerantes, podrá detener la sangrienta matanza antes del agotamiento completo de todos los pueblos interesados.

Solo una paz basada en la solidaridad internacional de la clase obrera y en la libertad de todos los pueblos puede ser una paz duradera. Es en este sentido que los proletarios de todos los países deben hacer, en el mismo curso de esta guerra, un esfuerzo socialista por la paz».

Yo no pido otra cosa y estoy seguro de obtener la aprobación de todos los camaradas que han aplaudido a Libknecht, pues, que no se dará el caso de aprobar y desaprobar la «misma» idea explicada en los «mismos» términos, porque, al pie de una «idéntica» declaración, la firma solamente difiere.

Los dirigentes

En ya reciente declaración en el Parlamento, el Gobierno ha afirmado, al mismo tiempo que su inquebrantable confianza en la victoria, la necesidad de ir «hasta el fin», cualesquiera que sean los sacrificios de toda naturaleza que el país deba imponerse, y por mucho que las hostilidades puedan durar.

A la nación comprometida después de cincuenta días en esta horrible tragedia, el Gobierno no puede hacer oir otro lenguaje.

El Senado y el Parlamento han sancionado esta declaración con su aprobación unánime.

La misma unanimidad en la Prensa.

El Parlamento y la Prensa no podían en las circunstancias actuales adoptar [o]tra actitud.

Cuando la guerra estalla y los destinos del pueblo están en juego, es el deber y el mandato de los dirigentes, de todos los que forjan la opinión pública: ministros, parlamentarior y periodistas, de estimular y entretener la confianza en los espíritus y la exaltación en los corazones.

Obrar de otro modo, sería traicionarse por su parte.

Los dirigidos

Por debajo de los dirigentes, hay una innumerable multitud: padres, maridos, hijos, prometidas, hermanos que son soldados y expuestos a todos los peligros; madres, esposas, hermanas, amantes, niños que viven en la agonía; hay millares de pobres seres cazados en las regiones invadidas, expulsados de sus casas destruídas, de sus villas bombardeadas, de sus villajes anonadados; hay una inmensa muchedumbre de trabajadores — hombres y mujeres — que el azote condena al paro y expone a las peores privaciones, sin contar la masa de pequeños propietarios, comerciantes e industriales que una guerra larga reduce más o menos a la quiebra, a la ruína.

Y sin que ellos osen decirlo — casi todos — desean aproximadamente el fin de las matanzas y aspiran ardientemente la paz.

Esos se cifran por millones.

Nuñstro deber

Es la voz de esos millones de víctimás civiles y militares que se trata de hacer que escuchen, puesto que ellas guardan silencio. Es su secreta esperanza que hace falta traducir, pues, que ellas la ahogan en sí mismos; es su íntimo y projundo deseo que se hace necesario expresar, ya que ellas no saben ni se atreven a hacerlo conocer.

¿Quién lo hará?

¿Quién puede, quién debe hacerlo? ¿Quién? — Nadie... si no sonos nosotros, socialistas, sindicalistas, revolucionarios y anarquistas, nosotros que, en esta multitud de las aspiraciones sin energían, en los movimientos tímidos y en las voluntades débiles, encarnamos los solos elementos conscientes, viriles y coordinados.

«Si no ha estado en nuestro poder impedir la calamidad, eso será el sentimiento y la vergüenza de nuestra generación. ¡Ah! ¡tratemos al menos de detener lo más pronto la continuación desastrosa y será nuestra rehabilitación!

¡Una vez más el deber en el día de hoy está ahí: imperioso, indiscutible, sagrado!

Precisiones

Precisemos ese deber: determinémos las condiciones en las cuales se puede cumplir y los actos que él permite.

Nadie sueña en «humillar» a Francia infligiéndole una postura de nación vencida que, agonizante bajo la bota de su vencedor, demande gracia y mendigue la paz; Francia no es vencida; la suerte de sus armas no le es desfavorable.

Nadie sueña en «deshonrar» la Francia empujándola a solicitar una paz aislada: la Francia forma parte de un grupo de naciones aliadas; ella ha ido a la guerra aliada con ellas; su suerte está indisolublemente encadenada a la de las demás y no sería cuestión de romper con la profunda solidaridad que la una a Bélgica, a Inglaterra y a Rusia.

Yo no hablo, pues, de proposiciones de paz formuladas directamente por Francia y comunicadas a Alemania.

¿Conviene esperar de Alemania que sea ella la que solicite la paz?

Será insensato esperar de esta potencia una tal actitud en breve plazo.

Aunque las fronteras de Alemania no han sido invadidas, y que las tropas del kaiser ocupan la Bélgica, una docena de «departamentos» franceses y una parte de la Polonia Rusa, la situación militar de Alemania y de sus aliadas, el Austria y la Turquía, están lejos de ser brillante.

A despecho de su orgullo desmesurado, Guillermo II debe sentir alguna aprensión y, a pesar de su confianza excesiva en la fuerza de sus ejércitos, la nación alemana debe darse cuenta de que hoy tiene en frente de ella, décidido y bien preparado, un conjunto de países que constituyen una formidable coalición aplastante.

Pero la Alemania posee todavía en hombres, en municiones, en víveres y en dinero, recursos importantes, reservas apreciables.

Ella está sólidamente fortificada en las regiones que ha invadido; ella conserva, todavía, apenas atacado, un organismo militar de primer orden y, para llegar a reducirla enteramente, no es dudoso que hará falta un lapsus de tiempo indeterminado, sacrificio imposible de precisar; pero que serán, tiempo y sacrificios considerables.

Esto no es hacer obra de francés, es decir la verdad, toda la verdad; es, por el contrario, conducirse lealmente como hombre prudente y discreto, porque la mentira arrastra hacia ilusiones peligrosas cuyas consecuencias pueden ser terribles.

Yo digo, pues la verdad; eso que yo creo ser la verdad, eso que mi espíritu imparcial y mi serena razón me dicen ser la verdad.

Esta guerra que se extiende sobre un frente inmenso y que tiene por teatro múltiples regiones, permite, fatalmente, una sucesión de éxitos y de reveses, de progresos y retrocesos que, modificando constantemente las sinuosidades de la línea de fuego y obligando frecuentemente a los estrategas a modificar su plan, alejan indefinidamente el desenlace.

Esta guerra de trincheras que modera y por veces paraliza y detiene la ofensiva al mismo tiempo que abriga, proteje y facilita la defensiva; esta guerra de trincheras que, de cien en cien metros, cubre todo un país de fortalezas subterráneas, que engulle, en los combates restringidos, pero diarios, en diez, veinte, cincuenta puntos diferentes, montañas de hierro y montones de cadáveres; esta guerra no puede terminarse si no es por el agotamiento de soldados, de municiones, de material, de víveres de uno de los dos grupos de naciones beligerantes.

Y es de presumir que el agotamiento completo de uno de esos dos grupos precederá con un intervalo muy corto de tiempo al agotamiento total del otro.

¿Este agotamiento, cuando se producirá? ¿Hará falta esperarlo para que la paz reflorezca sobre los cadáveres y las ruínas?...

S. Faure.

De la conducta y de los juicios

Pocas cosas hay que nos sean en absoluto indiferentes; en cambio son numerosas las que deben ser aceptadas o rechazadas por nosotros, para formar nuestra conciencia y determinar nuestra conducta acerca de ellas. Son numerosas las cosas frente a las cuales debemos tomar una posición: quien conozca las verdaderas exigencias del espíritu filosófico, verá que no son otras que las de fijar esta posición frente a las cosas, y principalmente frente a las creencias, los errores o las supersticiones de los hombres. También éstos exigen tomar una posición: las supersticiones, las creencias, los errores, son resortes poderosos para la acción, y el pensador no debe desdeñarlos, pues tarde o temprano le cercarán o le atacarán con su obra: necesita, pues, lo antes posible adoptar una posición: o con ellos, o contra ellos: y para ésto, si quiere proceder concientemente, ha de efectuar un prolijo entresacamiento de lo que debe o puede aceptar y de lo que ha de rechazar. Una vez efectuada esta operación, que en los hombres de conciencia es previa, tiene su línea fijada y puede lanzarse plenamente a obrar: ha suprimido la vacilación, y todos sus actos tendrán ese carácter afirmativo que tanto nos gusta admirar en los hombres que poseen una línea en la vida y tienen un fin al que se consagran y se disciplinan. Algunos pensadores, y no son pocos, deseosos de conservarse blancos, impecables, como el agua clara que no corrió y no se enturbió tampoco, deseosos de no perder su estéril virginidad, de morir igual que nacieron sin haber tomado parte en las luchas de la vida, antes bien contemplando a ésta por arriba con un olímpico desprecio, proclaman la superioridad de la vacilación y de la indecisión, y se niegan a escoger jamás, pretendiendo que ésto sería bajarse de su Olimpo hasta los hombres: es como si suprimieran la labor de escoger de sus cerebros y de sus sentidos; y para la vida, para la obra de la vida, es como si no hubieran nacido, como si no existieran... Sin la labor de escoger, nada se hubiera diferenciado, todo permanecería como en el bloque primitivo. Pero, ¿qué más crítica si los mismos dioses del Olimpo bajaron alguna vez y se mezclaron en las luchas de los hombres? Realmente, esta envidiable situación de indiferencia superior, es inútil para la vida. Aquí, en la vida inferior, donde se crea, se produce, se trabaja, donde cada cual contrasta con sus obras al vecino, nada vale la impecabilidad virtuosa, y en cambio se remarca, se dibuja en resalte la parcialidad obstinada, heroica, afirmativa y constructora. Aquí son desconocidos los dioses, con su espléndida inmovilidad y que dejan hacer a los hombres no advirtiéndoles ni cuando yerran ni cuando aciertan; aquí, por el contrario, todos tienen más o menos algo de locos, de poseídos, de unilaterales; aquí, lejos de tener imparcialidad los cerebros y los sentidos, son parciales, y no hacen más que escoger y poner de lado lo que les agrada, reuniendo en esta forma su cosecha de flores o de granos; aquí los gustos y las atracciones son particularistas y más parciales no pueden ser; aquí no existe ningún inmaculado y todos se han manchado hasta ennegrecerse con los afanes y luchas de la vida... pero aquí se forja y se produce el mundo que vemos. El mundo es obra de los parciales, de los obstinados en una dirección: de ellos es obra tanto la paz como la guerra, la forma social como los horizontes de industria, de perfeccionamiento, de arte; y mezclados a ellos, trabajaremos para que la sangre corra o el árbol fructifique. Pueden los olímpicos, viviendo en una zona superior, conservar intacta su impecabilidad hasta reventar con ella; no les deberemos ningún favor. Nosotros escojeremos y sembraremos. Y manchados por la parcialidad, viviendo en el horizonte reducido de un campesino que solo sabe de su tierra y de sus plantas, mostraremos como el agricultor nuestro campo sembrado y florecido, la cosecha que es nuestro afán y nuestro premio.

Debemos, pues, escojer. Y una vez escojida una doctrina o una religión cualquiera, — religión de Dios, religión de la humanidad, religión del yo, religión de la política y del Estado, — aún debemos analizar y estudiar cada parte, pues, todas deben ser sucesivamente aceptadas o rechazadas, y respecto de todas hemos de seguir una línea de conducta definida. ¡Escojer, escojer siempre! Y todo para formar nuestra conciencia y determinar nuestra conducta acerca de cada cosa. La conducta tiene real importancia al exterior; por ella existen los seres morales diferentes del patriota al anarquista y del sabio al ignorante: debemos determinarla conscientemente: aquí la imitación es como el mal doublé frente al oro puro y vale tanto como la copia del mono.

¿Cómo y en qué condiciones escojemos? Para escojer, o mejor para aceptar o rechazar una cosa, hacemos un resumen sintético de ella primero, y luego producimos un juicio espiritual que determina nuestra opinión. Las condiciones en que hacemos el resumen son interesantes. Si una cosa ha sido poco ilustrada, o la tomamos unilateralmente, nuestros juicios serán igualmente poco ilustrados, unilaterales. Por ejemplo: (o irá de ejemplos para ser comprendido por el público sencillo que lee «La Protesta»); por ejemplo: Pedro tiene una personalidad compleja, con partes buenas y malas como cualquiera; tomamos las malas; la personalidad sintética de Pedro será la de un mal sujeto en virtud de las partes que hemos escojido, y nuestro juicio será desfavorable. La conducta que observaremos con Pedro será la que observaríamos con un mal sujeto cualquiera y desde luego será injusta. Tenemos aquí un juicio injusto, proveniente de un resumen deficiente por haber tomado solo las partes malas de Pedro y no haber visto las buenas, que tal vez las contrapesaban. Puede ocurrir aún que el resumen sea exacto, pero que la apreciación sea falsa, en virtud de un criterio preconcebido o una innata oblicuidad de juicio: tendremos entonces, con un resumen exacto un juicio desfavorable particularísimo. Pero aquí el juicio es paradojal y por ahora no quiero entrar en ese terreno. ¿En qué condiciones los anarquistas individualistas, por ejemplo, y para contestar a una pregunta práctica, han hecho el resumen de la cuestión obrera para manifestar su juicio desfavorable? En condiciones de poca ilustración, y refundiendo referencias burguesas y librescas, por las que han producido un juicio deficiente y precipitado, a lo que se ha unido además el criterio preconcebido... No es objeción la objeción libresca de limitación, de sugestionamiento ni de parcialidad, pues esto está en la psicología de todos los activos y el olimpismo es también un sugestionamiento, una limitación y una parcialidad, aunque negativa, no afirmativa. No es objeción para el genio la locura, pues, es condición de él: esto en cuanto al criterio preconcebido. Ahora, en cuanto al resumen mismo, debe hacerse de lo que persiguen los obreros, contrastado con lo que persiguen los socialistas parlamentarios, los burgueses, etcétera, etc., en quienes, como en todos los hombres, los rasgos psicológicos son los mismos y por sí no diferencian nada. Estas son las condiciones de escojer, de tener en cuenta o de respetar. ¿Acaso es objeción bastante la de Nietzsche loco para la obra de Nietzsche? ¿El juicio espiritual que haya resumido en esta forma la obra de Nietzsche, no sería un juicio pronunciado en malas condiciones? ¡Sin embargo, para muchos hombres, y graves pensadores, esto determina sin más la conducta con Nietzsche! Esto lo he leído más de una vez: los compañeros individualistas no son, pues, los inventores de la pólvora en cuanto a conducirse con los obreros por un juicio así; nosotros forzosamente nos conduciremos igual con muchas otras cosas...

Hasta ahora hablé solo de los juicios en el instante de su nacimiento; pero queda aún una faz más grave: los juicios se cristalizan y forman los prejuicios. El primitivo resumen no se ha revisado ni se ha vuelto a corregir; la conducta es ya simple cuestión de automatismo. Confieso que para muchas cosas yo también procedo así; pero un prejuicio es una detención. ¿Cómo calificaríamos al que ante un nuevo acto de la personalidad de Pedro persistiera en su resumen y su juicio de ayer? Un atrasado, un petrificado, que no perfecciona ya su conocimiento ni su apreciación... Y si éstos, uno y otro fué deficiente y el criterio fué falso...

Para mí, el criterio seguido no es el de si un hombre es enfermo, es loco, o procede por una evidente sugestión, sino de si crea, si produce, si organiza y libra batallas y si las gana. Entre éstas hay las que a mí me agradan y son las de la libertad. Esto en cuanto a mi criterio: mis resúmenes pueden fallar; tal vez tenga que hacer otros nuevos. Pero por eso no debo dilatar de producir conducta: debo producir conducta siempre y todos los días de la vida, desde el primer día hasta el último. No soy un olímpico, pertenezco a la vida inferior; soy un parcial lleno de ordon y de energías...

T. Antillí.

Amar así...

No todos lo saben aunque todos lo sientan...

No todos ven aunque miren, ni escuchan aunque oigan...

No todos ven hacia afuera y contemplan en su «Yo» el arte que admiran... Natura, la Vida.

Porque todos no saben amar así...

Como amarían los ángeles, los dioses, las almas...

Porque todos no sienten ni ven las cosas profundas: el yo moral con sus ínclitos arranques de altruísmo, la belleza interna arrebujada de leve bruma, el simbólico silencio entre su mística rebeldía, el despertar del alma tras el damasco invisible de las cortinas que la ocultan.

Ni todos saben lo que es bello; porque solo en lo interno o en el alma es donde existe la belleza eterna... Ya que no es en el «amor pasional» que clasifica Mantegazza donde encontramos las flores más hermosas y adorantes que nos es permitido ofrecerle a Psiquis, siempre noble, siempre pura, sublime y nívea.

Porque hay seres que se besan a distancia, telepáticamente, y almas que besan a otras cuando el cuerpo cierra los ojos y se abisma en la penumbra gris de su «Yo», tejiendo y destejiendo propósitos, enmiendas, ideales y caricias de ensueños en la urdimbre sutil de nuestro ser complejo. Y se aman así, como se aman las almas: en el éxtasis de lo bello.

***

Amar así, es perder todo rudimento grotesco y sensual; es tornarse exquisito, refinado, ciego para todas las cosas vulgares y pezuñeras, entreviendo la infanzona inquietud de las almas que gustan de sonrisas, de perfumes, de cosas emotivas, sencillas y dulces.

Amar así, es celebrar el milagro de la eucaristía levantando el alma a tal altura, que perezca el mismo Dios hecho pan, en momento que las bajas acciones se postren y no puedan levantar las cabezas y ver la luz.

Amar así, es recorrer en una nota melódica de lo finito a lo infinito con rítmica embriaguez.

Amar así, es impulsar hasta el movimiento de las cosas mudas, muy sutiles, los pensamientos que en torno nuestro valen por cultos y bellos.

Amar así, es evocar en el menor gesto interno la presencia de lo externo junto a nuestro «Yo» que ama, adora y venera con febriles deseos de caricias suaves.

Amar así, es ver el arte en nuestro «Yo» evolutivo, que busca sin cesar la verdad y la dicha.

Amar así, es saber distinguir la belleza que se convierte en ideal y el ideal en amor, del amor que se torna deseo y el deseo sensualidad, cuando el alma arranca de nuestros sentimientos la sinfonía lenta y profunda que nos eleva más aún fuera y dentro de nosotros.

Amar así, es sobrevivir siempre para el futuro que se nos antoja rosa o azul en las esferas más sensibles y psíquicas, donde la ultravioleta y la radiante materia hacen piruetas procreativas de vida y luz. Porque hay también algo extinto o muerto que se amortaja de pasado, y el verdadero amor y la belleza eterna crean para sí infatigablemente un mañana y otro mañana de consuelo, clemencia, bondad y dulzura, activamente, sin apegos bochornosos, desgracias o lloros; más si la desgracia y las lágrimas le siguen, tampoco sigue el redil que anduvieron, descontentadizas, siempre anhelantes.

Amar así, es libertar el alma y presentarnos tan bellos y tan puros como nuestra alma libertada de todo vínculo concupiscente de actos que afean, como diría Emerson; «pues no hay un hecho ni un acontecimiento de nuestra existencia que pronto o tarde no pierda su forma inerte adherente y que no nos admire elevándose, desde el fondo de nuestro cuerpo, hacia el cielo».

Amar así, es amar plenamente con todas las bondades del ser: «Cuando quiero amar tiernamente a una persona querida, y perdonárselo todo, no tengo más que mirarla algún tiempo en silencio». Pues posible es que amando así se esté entre luz y entre ángeles, de los ojos para adentro, mientras los ojos anden en tinieblas besando la carne que olfatea de los ojos para afuera.

Amar así, es amarse a sí mismo con raro egoísmo de psiquismo e idealidad.

Amar así, es también amar al prójimo; porque el prójimo es lo que en los hombres hay de puro, noble y bueno, y nosotros debemos amar lo bueno, lo noble y lo puro como verdad y belleza en los demás y en nosotros.

Amar así, es acercarnos a los ángeles en ósculo de paz, cuando los ángeles descienden atraídos por nuestras internas bellezas y profundas, y nosotros nos elevamos en busca del aliento de sus bocas de amor casto y puro.

Amar así, es acercarnos hasta Dios en una onda del infinito que vibra eternamente, envueltos en una pompa de niebla y misterio.

Y «por lo que hace a nosotros — dice Plotino, — bellos somos cuando nos pertenecemos a nosotros mismos, y feos cuando nos ignoramos».

Sin llevar estampa de compra, tatuaje de esclavo, ni en el cuerpo ni en el espíritu.

Sin humillaciones pequeñas y ruínes.

Sin cobardía...

Porque amar así, es lo pensado por los dioses que murieron, por los que resucitaron y siempre por los dioses, sin nexos grotescos, sin apegos carnales, sin denigrantes acciones.

... ...

Pero amar así, únicamente con Dante, Petrarca, Platón, Teresa de Jesús, Ibsen, Maeterlinck, Francisco de Asís y Novalis, sería lo ideal, lo sublime, lo excelso, aunque en realidad, lo monstruoso y lo asfixiante...

Porque debemos amar dualísticamente.

Sánchez Lustrino.

El juez hábil

(Cuento)

El emir de Argel, Bauakas, quiso cerciorarse de que no se exageraba al afirmar que en un lugar de la provincia había un juez extraordinariamente hábil, que descubría siempre la verdad, hasta el punto de que ningún bribón podía chasquearle.

Bauakas se disfrazó de comerciante y se presentó en el lugar donde habitaba el juez.

A la entrada de aquel pueblo, un inválido se aproximó al emir y le pidió limosna.

Bauakas le dió algo, e iba a proseguir su camino cuando el inválido le asió de una parte del traje.

—¿Qué quieres? — le preguntó entontonces el emir. — ¿No te he dado limosna?

—Me has dado la limosna, — respondió el mendigo. — Pero quiero que me hagas el favor de llevarme sobre tu caballo hasta la plaza, porque las demás caballerías podrían pisotearme si tratase de llegar hasta allí por mí mismo.

Bauakas subió a la grupa al mendigo y le condujo hasta la plaza.

Allí detuvo el caballo, pero el mendigo no bajaba.

—¿Por qué no te mueves? — díjole el emir. — Baja, hemos llegado.

—¿Por qué he de bajar? — le replicó el mendigo. — Este caballo es mío. Si por buenas no me lo dejas; el juez decidirá.

Muchas personas los rodeaban, escuchando su discusión.

—¡Id a casa del juez! — les gritaron. — El os pondrá de acuerdo.

Bauakas y el mendigo fueron en busca del juez.

Ma multitud agolpábase en la sala; el juez llamaba por turno a los que ante él debían comparecer.

Antes de que la vez llegara al emir, el juez llamó ante sí a un sabio y un mujik. Disputaban por una mujer.

El mujik afirmaba que era la suya, el sabio sostenía lo contrario, y la reclamaba como de su pertenencia.

El juez, después de oirles, guardó un momento de silencio; después dijo:

—Dejad la mujer en mi casa y volved mañana.

Cuando aquellos partieron, entraron un carnicero y un vendedor de aceite. El carnicero estaba cubierto de sangre y el aceitero lleno de manchas de aceite.

El carnicero llevaba dinero en la mano, y el aceitero estrechaba la mano del carnicero.

Este decía:

—He comprado aceite a este hombre, y sacaba mi bolsa para pagarle, cuando me asió la mano para robarme el dinero; y ante tí hemos venido, yo con la bolsa y él sujetando mi mano.

—¡El dinero me pertenece, y él es un ladrón!

—¡No es cierto! — replicó el aceitero. —El carnicero quiso comprarme aceite y me rogó le cambiase una moneda de oro; tomé el dinero y lo puse sobre el mostrador; él se apoderó entonces de la bolsa y quiso huir, más yo le así de la mano, y aquí estamos.

Después de una pausa respondió el juez:

—Dejad el dinero en mi casa y no faltéis mañana.

Cuando llegó la vez a Bauakas y al mendigo, el emir refirió cómo la cosa había pasado; oyólo el juez y cuando acabó pidió al mendigo que se explicara.

—Nada de lo que ha dicho es cierto, — replicó éste. — Yo atravesaba el lugar montado en mi caballo, cuando él me pidió llevase a la grupa hasta la plaza. Hícele subir sobre la bestia y le conduje adonde quería ir, pero, una vez llegados, no quiso bajar, diciendo que el caballo era suyo, lo cual no es cierto.

Después de una nueva pausa, dijo el juez:

—Dejad el caballo en mi casa y venid aquí mañana.

Al siguiente día, gran multitud se reunió para conocer las decisiones del juez.

Aproximáronsele el sabio y el mujik.

—Llévate la mujer, — dijo el juez al sabio, — y que se den cincuenta palos al mujik.

El sabio se llevó la mujer, y el mujik recibió su castigo ante todo el mundo.

El juez llamó al carnicero.

—Tuya es la bolsa, — le dijo.

Y designando al vendedor de aceite:

—Que se le den cincuenta palos, — agregó.

Llegó la vez a Bauakas y el tullido.

—¿Reconocerías a tu caballo entre otros veinte? — preguntó el juez al emir.

—Le reconocería.

—¿Y tú?

—También, — dijo el inválido.

—Sígueme, — dijo el juez a Bauakas.

Fueron al establo; el emir designó a su bestia entre otras veinte.

El juez llamó enseguida al inválido, y le ordenó dijese cuál era su animal.

El mendigo reconoció al caballo y le mostró. Volvieron todos a la sala y el juez dijo a Bauakas.

—Tuyo es el caballo. Ve por él.

Luego hizo dar cincuenta palos al mendigo.

Después de ejecutado aquel mandato, el juez se volvió a su casa. Bauakas le siguió.

—¿Qué quieres? — le preguntó el juez. — ¿Te desagrada mi sentencia?

—Satisfechísimo estoy de ella, — dijo el emir. — Solo que quisiera saber como te has enterado de que la mujer era del sabio y no del mujik, de que la bolsa era del carnicero y no del mercader, de que el caballo me pertenecía.

—He aquí como supe que la mujer era del sabio. Por la mañana la llamé y le dije: «Echa tinta en mi tintero». Ella le tomó, limpiólo apresuradamente y lo llenó de tinta. Luego estaba acostumbrada a hacerlo. Si hubiera sido del mujik, no hubiese sabido como arreglárselas. De ahí deduje que el sabio tenía razón.

En cuanto al dinero, he aquí como supe la verdad. Anoche puse la bolsa en un cubo de agua, y por la mañana fuí a ver si sobre el agua flotaba aceite. Si el dinero hubiese sido del tratante, el roce de sus manos aceitosas hubiera manchado la bolsa, y algo se hubiera visto: como el agua estaba clara, el dinero pertenecía al carnicero.

Respecto al caballo, más difícil era resolver. El mendigo le reconoció tan pronto como tú. Más yo no os había sometido a la misma prueba por solo esto. Os hice ir al establo para ver a quién la bestia reconocía. Cuando tú te acercaste el caballo, volvió hacia tí la cabeza, mientras que cuando el mendigo le tocó, movió la oreja y levantó la pata. He ahí como comprendí que tú eras el dueño del caballo.

Bauakas le dijo entonces:

—Yo no soy un mercader, soy el emir Bauakas. Vine aquí para saber si lo que de tí se hablaba era cierto. Ahora veo en tí un sabio, un hábil juez. Pídeme lo que quieras, y te lo concederé.

—Ninguna recompensa necesito, — respondió el juez. — Bastante feliz soy escuchando los cumplidos de mi emir.

León Tolstoi.

La ciencia

La ciencia, dice Mirbeau, desobstruye los manantiales de la vida de todos los errores metafísicos que los ocultan a nuestra razón; conquista mundos inexplorados; interroga el infinito del espacio y la eternidad de la materia; busca en el fondo de los mares primitivos la materia primordial de donde salimos, y sigue su lento desarrollo a través de los millones de años y los millones de formas, hasta su evolución más perfecta, el hombre.

En efecto, la actividad científica es grandiosa, y en nuestros días, habría de retrocederse más de veinte siglos hasta llegar al renacimiento filosófico de Grecia, para encontrar un parangón al rápido desenvolvimiento del saber.

Tenemos, como uno de los acontecimientos más importantes de la ciencia moderna, la indestructibilidad de la energía, que ha inspirado todas las indagaciones modernas y ha acostumbrado al hombre a concebir la vida del universo como una serie de transformaciones energéticas en que nacimiento, evolución e inevitable destrucción del planeta es un episodio de escasa importancia en el conjunto del universo. Aun en la más oculta de todas las manifestaciones de la vida, la ciencia ha podido vislumbrar el mecanismo del pensamiento, siguiendo la vía indicada por la fisiología, y del inmenso campo de las costumbres, supersticiones, creencias, instituciones e ideales ha sacado el hombre luz vivísima para conocer y comprobar la evolución progresiva de la humanidad, recibiendo de ese modo una doble lección de grandísimo alcance: en primer lugar ha aprendido a considerar como una partícula del gran todo, despojándose de la vanidad que le inducía a creerse el centro del universo; después ha podido comprender que el poder humano es progresivo, dándole todos los medios de utilizar en su servicio las ilimitadas energías naturales.

Claro está; el dogmatismo de los privilegiados, tan arraigado en el tiempo, en las costumbres, en las instituciones, no podía menos de protestar, y aprovechando las debilidades de los científicos, ha tenido la osadía de proclamar «la bancarrota de la ciencia», infligiendo así merecido castigo a los que después de perseguir el error hasta en sus más recónditos escondrijos y llevar a todas partes la investigación científica, se detienen ante los intereses, y no han tenido alientos para someter la propiedad al mismo análisis que la divinidad.

Más como lo que es inevitable no se evita, lo que no han querido hacer hasta ahora los sabios ni los poderosos, lo harán las multitudes, y al efecto, consignando lo que todo el mundo ha visto, y como demostración del cambio operado en las iniciativas sociales progresivas, he aquí lo que dice autor competente: «Un inmenso movimiento, principalmente económico en sus orígenes, pero eminentemente ético en su substancia, nació en la primera mitad del siglo anterior y se extendió con mucha amplitud con los nombres de fourierismo, sansimonismo y owenismo, y últimamente como socialismo internacional y anarquismo. Semejante movimiento sufrió un gran cambio mantenido por los trabajadores de todas las naciones, sin examinar verdaderamente los fundamentos de la concepción ética de la concurrencia; pero ha llegado a introducir en la vida real las condiciones bajo las cuales ha inaugurado un nuevo período en la vida ética de la humanidad».

Y resulta que, contrariando el absolutismo exclusivista de la lucha por la existencia, con que la burguesía ha querido aburguesar la ciencia, los pobres, los desheredados, los trabajadores, imitando a las especies manifiestamente débiles y mal protegidas para la lucha, se asocian, se solidarizan, crean un gran poder material e intelectual y confían en el triunfo sobre sus enemigos, anulando la maldición de la servidumbre y de la miseria lanzada sobre grandes divisiones de la humanidad para favorecer a unos pocos distinguidos de modo irritante, porque han llegado a saber que la dicha puede asegurarse para todos sin el trabajo envilecido y excesivo del mayor número, demostrando en último término que mientras lucha por la existencia dirige indiferentemente al progreso o al retroceso de la evolución, según sean las circunstancias y el impulso recibidos, la práctica de la ayuda mutua es el gran agente que dirige siempre hacia el desenvolvimiento progresivo. Es el factor del progreso de la evolución.

Ahora la ciencia está estancada en la Universidad, donde el Estado la vendó al heredero del detentador de la riqueza social, y refrenada por la Academia para que no traspasase los límites impuestos por el «orden vigente», lo que explica que los sabios claudiquen en sociología; el conocimiento futuro, que ha de estar en contradicción con el error pretérito, puede aun topar con una nueva Junta de Salamanca que arguya necedades inverosímiles contra el descubridor de un mundo, o con un tribunal de inquisidores que procese a un sucesor de Galileo y que decrete que la Tierra es el centro inmóvil del universo, o con un tribunal civil que condene a presidio al que niegue con actos que la accesión es causa de legítima propiedad; pero ahí están esas muchedumbres obreras compuestas de hombres que tienen conciencia de la inmanencia de su derecho, cada uno de los cuales está dispuesto a repetir, ante academias y tribunales, el herético y salvador «e pur si muove», emancipando a la ciencia a la vez que emancipándose a sí mismos.

Anselmo Lorenzo.

Amilcar Cipriani

Hace algunos días los diarios, pero no todos, trajeron la noticia de la muerte de Cipriani. Algunos renglones de explicación y basta. Ese hombre no fué ningún carnicero, ningún lacayo, ningún explotador: no merecía más, pues, y por eso los diarios burgueses, los llamados serios, le ahorraron sus elogios que habían sido insultantes para su memoria.

Pero, por eso mismo, Almicar Cipriani fué un hombre cuya memoria merece ser recordada por su vida, por sus obras, por su carácter de temple excepcional. No fué anarquista, aunque con los anarquistas estuvo algunos meses; pero los anarquistas no somos sectarios, aunque algunos nos tilden de tales, y honramos la memoria de quien lo merece. Sócrates tampoco fué anarquista, no lo fué Espartaco, no lo fué Juan Brown, ahorcado en Norteamérica por querer libertar a los esclavos negros, no lo fueron tantos otros; y no importa, como héroes del bien, como propulsores del progreso, honramos su memoria. Y Cipriani fué uno de esos hombres excepcionales.

Cipriani nació en Rimini, pequeña ciudad de la Romaña (Italia). Fué cuando joven ardiente republicano. Combatió al gobierno monárquico. Fué a Francia. En París fué coronel de la Comuna. Hecho prisionero estuvo a pique de ser fusilado. Le conmutaron la pena por la de trabajos forzados en la Nueva Caledonia. De ahí escapó y se fué a Egipto. Lo que en este último país le pasó merece párrafo aparte.

En Egipto había en ese tiempo (algún tiempo antes de la ocupación inglesa) muchos italianos, casi todos de ideas avanzadas. Y todos los países intrigaban allí, por cuestiones de supremacia Inglaterra, Francia y Turquía, para sacar tajada los demás. En estos trabajos estaba metido un cónsul italiano. La propaganda de Cipriani y compañeros de causa le estorbaba: de ahí el odio y la premeditada venganza.

Una noche, en una desierta calle del Cairo, Cipriani fué atacado por varios individuos que quisieron asesinarlo. Como cosa natural, se defendió y como era hombre de agallas dotado de una fuerza hercúlea logró salvarse dejando sobre el terreno un muerto e hiriendo a otro. Esa misma noche fueron encontrados muertos dos polizontes egipcianos, en lo cual Cipriani nada tuvo que ver.

Pasó algún tiempo y nadie lo molestó. Cierto día llególe un telegrama de Italia diciendo que su padre moribundo deseaba verlo. Cipriani se embarcó inmediatamente. Desembarcó en Italia y llegó a Rimini. Pero no pudo ver a su padre. La policía lo esperaba, lo arrestaron y lo procesaron por la muerte del asesino del Cairo y de los dos polizontes. Cipriani tenía un testigo de descargo, pero se hizo humo, no lo quisieron encontrar. La trama estaba hurdida, y sobre los informes del cónsul italiano en el Cairo Cipriani, a pesar de sus protestas de inocencia y de los alegatos de la defensa, fué condenado. Era un subversivo y había que hundirlo de cualquier manera.

Pero la infamia fué pronto conocida y empezó contra ella en toda Italia una agitación que cada día iba en aumento. En unas elecciones generales políticas fué candidato y tuvo votos en todas partes. En otras salió elegido diputado en varios colegios. Por otra parte el gobierno del rey proyectaba la conquista de la Romaña. Nunca había andado el rey por ahí y fué a la cabeza de cincuenta mil hombres a hacer las grandes maniobras. Cipriani fué libertado. No fué a la Cámara, pero quedó libre, aunque vigilado de cerca.

En ese tiempo «Il messaggero» diario monárquico democrático publicó un trabajo de Cipriani intitulado «Da Rimini a Portolongone» (presidio en la isla de Elba). En ese escrito relataba su terrible odisea desde su llegada a Italia hasta su salida de presidio. Ocho años de terribles sufrimientos, de sañudas persecuciones de parte de los esbirros italianos. Contó cómo vió a Passamante, el que intentó matar al rey Humberto en 1878, ya completamente loco como fué bajado por un guinche atado como un salame. Contó después cosas horribles y asquerosas que se hacían con los indefensos presidiarios. Por eso ese libro no fué publicado y ha desaparecido: hubiera sido demasiado honroso para el democrático gobierno italiano. Cipriani sobrevivió a ese horrible suplicio durante ocho años en mérito de su férrea constitución, pero cuando salió no podía hablar.

Cipriani viendo a los socialistas tan atrasados y los republicanos más todavía, se había declarado anarquista; pero no lo era por sus resabios garibaldinos, por su tendencia a actuar de caudillo, por su amor por la independencia de las patrias y por su patriotismo y latinismo. Se lo hicieron observar, y quedó campeando por su cuenta.

En esto empezaron las formidables agitaciones de los desocupados. Hubo numerosos mitines y un primero de Mayo en Roma hablaron a las muchedumbres varios oradores, entre ellos Cipriani y Galileo. El primero fué más bien moderado en suspalabras. El segundo, anarquista declarado, fué violento y concluyó con decirles a los congregados que si no tenían que comer tomasen en donde había, que todo era de ellos, pues, lo habían producido. Siguió un tumulto, hubo rotura de vidrio, saqueo y cierre de tiendas luego cargas del ejército y arrestos en masa.

Uno dos años más tarde tuvo lugar el proceso siendo más de trescientos los acusados. Cipriani y Palla fueron obsequiados con tres años de cárcel.

Cuando salió tuvo que refugiarse en Francia, allí ingresó en el partido socialista, después fué a pelear con los turcos en favor de los griegos, rehusó una pequeña herencia aunque estaba más pobre que la araña y siempre quedó tal.

Vivió una vida accidentada, sufriendo persecuciones gubernamentales innumerables y feroces, y sin embargo, no se doblegó. No fué anarquista, pero fué un

ro, oprimido y explotado, no se le pue- hombre de carácter, un luchador y un propulsor del progreso. Estos renglones, que no son de glorificación, cabían, pues, en «La Protesta».

Hugo Bencivenni.

La bestia humilde

(Una pieza con escasos muebles, torturados, doloridos; un poco menos, tal vez, que el alma de los que allí habitan).

I

José, Ana, la madre y la nena.

Ana. — (A la nena que, sentada en una sillita, llora). Sí, pobrecita, sí. Ahora su mamita le va a dar la leche. (La alza, la pasea y la entretiene). No llore más, eh? Ah, oh, oh!

José. — (Aparece por la puerta interior, en mangas de camisa y de mal humor; se tira en una silla, cansado, extenuado). Ana... Ana... Por favor! ¿Cuándo van a callar, hablá? ¡Maldita seas!

Ana. — Hombre, ¿qué querés que haga?

José. — Serás estúpida!

Ana. — ¿Voy a taparle la boca, entonces? Está fastidiada; los dientes la hacen sufrir. (Se sienta y le dá el pecho).

José. — Yo sí que tengo que sufrir... No he podido dormir tranquilo. ¿Qué te pensás? Tengo los huesos rotos: he trabajado toda la noche; estoy molido, reventado, y vos...

Ana. — ¿Acaso es culpa mía?

José. — ¿Cómo voy a dormir, con estos gritos; cómo voy a reponer mis fuerzas? ¿Crees que mi trabajo es un juguete? Se necesita poner brazos, lomos, voluntad... No meditás nada, ni siquiera un poco de consideración para el sacrificio que por vos me impongo.

Ana. — ¿Por mí?

José. — Y entonces? ¿No trabajo para mantenerte? Porque no sufras vos, me sacrifico.

Ana. — Podés vanagloriarte; podes echarlo en cara.

José. — ¡Ah, qué destino!

Ana. — ¿Y el mio?

José. — Si, quejáte: hasta ese extremo te lleva la hipocresía.

Ana. — No, si tenés razón. Ya lo sé: vos lo sos todo; yo no soy nada.

José. — ¿Y qué pretendés? Sos mujer...

Ana. — Sí, con eso lo decís todo. Es la expresión exacta. Ser mujer es ser un instrumento, o una máquina, ya lo sé. Parir los hijos, amamantarlos, limpiarlos, educarlos... Cocinar y cocer y limpiar: esa es toda la dicha para la mujer... ¡Una bestia sometida al capricho del marido! ¡Ah!

José. — Ya veo que progresás; que por nada no se propaga el socialismo... ¡Ah, pobre infeliz! Si estuvieras en mi pellejo, ibas a saber lo que es vivir.

Ana. — Las mujeres somos siempre pre infelices: a veces por ingenuidad, otras por fuerza.

José. — Burlándose). Mirá...!

Ana. — Cuando el destino nos unió, era tan ingénua, que creía, al venir aquí, disfrutar de la tranquilidad del hogar, del hogar soñado. En cambio... ¡qué diferencia! Esto más que un hogar, es una jaula.

José. — Quejáte, nomás, quejáte. Desagradecida! ¿Aún tenés valor de hablar? Por vos trabajo como no lo hacen las máquinas, esas horas interminables de la noche; por vos me retengo junto a la bocaza de los hornos que me abrasan las entrañas y la sangre, y me torturo y me reviento por traerte el pan.

Ana. — Gracias, yo no te pido ese esfuerzo: lo detesto.

José. — ¡Cómo! ¿Qué hablás?

Ana. — Preferiría pasar hambre y no el dolor de saber que ese bocado tiene una procedencia infame.

José. — ¡Ajá! Te han persuadido lindamente, ayer, cuando vinieron, eh? ¿Quieren que no trabaje? Pues mirá: como aludás otra vez..., (Levanta el puño para pegarla, pero se detiene al oir que fuera llaman con las manos).

Ana. — (Se pone de pié, lo mira de hito en hito). El hombre...! ¡Bestia en su casa y en la calle humilde! (Vuelven a llamar. Va a ver). ¿Quién es? ¿Eh? Sí, está. (A José). Aquí te buscan.

José. — (Receloso). ¿Es...? Decí que no estoy.

Ana. — (Con desprecio mordaz). No te asustes, no son ellos... Es una mujer.

José. — ¡Ah! (Se asoma). ¿Qué hay?

II

(Aparece en la puerta una madre, pesarosa, atribulada).

Madre. — Buenas tardes, señor.

José. — Entre.

Madre. — Discúlpenme si los incomodo. Vengo a pedirle un favor... No quería incomodarlos, sabe, pero... ¡he padecido tanto y tan injustamente! Soy una pobre mujer que siempre ha trabajado... y ahora la desdicha me persigue, por ser pobre o por ser vieja, no sé... Pero, créame, he sufrido, sufro mucho... Por eso yo...

José. — Diga nomás.

Ana. — (Ofreciéndole una silla). Tome, siéntese.

Madre.—Gracias, señora; estoy bien... Yo venía, sabe, porque como he sentido que usted dirige en la fábrica... Y como yo tengo un hijo...

José. — Bueno... precisamente; necesitamos compañeros. Que venga, yo le haré dar trabajo.

Madre. — No, no es eso, señor... M'hijo, usted sabrá... después de la huelga...

José. — (Arrugando el ceño). ¿Su hijo?

Madre. — Si, Manuel... el Vasquito.

José. — ¡Ah, ya!

Madre. — Y ahora está preso... me comprende.

José. — Si... si.

Madre. — Porque él es inocente, sabe; sólo que algún mal compañero lo ha vendido. Y, entretanto su madre... ¡Figúrese!

José. — Si, pero yo...

Madre. — Venía a que me hiciera el favor de interceder. Usted tendrá influencias...

José — Pero él le dijo...?

Madre. — No sé nada de él, señor, nada. No me lo dejan ver. Estoy desconcertada... no atino... Por eso he venido a...

José. — Ahí tiene lo que trae la huelga.

Ana. — Es que la señora ignora; cree que vos...

José. — Calláte la boca.

Madre. — Su influencia, su palabra, señor, tal vez ablande el corazón de esos que hicieron arrestar a m'hijo.

Ana. — (Reprochándolo). ¡Cuánto cinismo... cuanta injusticia!

Madre. — ¿Ha visto, señora? Nosotros los pobres...

José. — (Después de dirigir una mirada de rencor a Ana). Bueno, mire, yo... me ocuparé... y si él no ha hecho nada... quizá lo larguen.

Madre. — Si m'hijo es un santo; qué puede haber hecho? ¡Nada! Alguno que por odio, sabe... El no haría nada sólo por no darme el tormento de que coma el pan con lágrimas... Yo quiero que me lo devuelvan... ¡Hágalo por esta mujer que no tiene más consuelo que ese pedazo de carne que le han arrebatado, ni más delito que ser pobre y vieja.

José. — Bueno, yo voy a ver... Vaya nomás.

Madre. — Gracias, eh? Y discúlpenme. (Saluda, dá un beso a la nena y váse).

III

Ana. — Y ahora, ¿qué decís? Tenés alma para participar de esa injusticia?

José. — ¿Qué? ¡Bah... y a mí qué me importa!

Ana. — Todavía?

José. — Dejálo, si está bien entre rejas. ¿No me amenazó; no me quería trompear?

Ana. — Lo engañaste a él, a todos.

José. — ¿Yo? Nunca estuve de acuerdo.

Ana. — Pero la madre, la pobre madre que todo lo ignora y todo lo sufre? Mirá, hacélo por nuestra hija, si es que le tenés amor. ¡No entrés hoy! Yo sufro esta vergüenza, el dolor de esa vieja, la traición a tus hermanos. Te lo pido yo, por nuestra hija, por esa madre. ¡No entrés hoy! No los engañes más; no seas más... (Se oye un golpe recio en la puerta de calle.)

José. — Calláte... (Se estremece, quiere esconderse).

Ana. — Nó, no te alarmes, si han de ser... (Asomándose). ¡No ves! Ahí están los cosacos que te acompañan!

José. — (Rápido). A ver: dónde has puesto la comida? Vamos, ligero, que es tarde. (Ana lo mira, sacude la cabeza, después le indica un bulto). El vá, se pone el saco, acaricia algo en un bolsillo, coge el bulto, se dirige a la puerta, se entera... y sale tranquilamente).

Ana. — (Con desesperación impotente). ¡Andá, hombre humilde, trabajá mansamente, sudá, matáte! Buscate tu jaula de piedra y después vení a volcar tu rudeza de esclavo en mis espaldas! ¡Canalla! (Echándose en una silla; a la nena que llora): ¡Por usted, sólo por usted, m'hijita, porque el arroyo es funesto, me someto!

Adolfo Boyer

Antillí y Barrera

Avisan a los compañeros y amigos que suelen visitarlos, que han sido trasladados al pabellón 10. En lo sucesivo deben pedirlos anunciando el pabellón donde se encuentran, para evitar confusiones.

Instruccion Popular

C. E. S. Belgrano

Hoy domingo 13 del corriente a las 3 p. m., en Amenábar 2059, el camarada Giordano Bruno dará una conferencia sobre «Socialismo y el partido Socialista».

Liga de Educación Racionalista

Mañana, lunes a las 9 p. m., en Alsina 1565, curso de física por el profesor C. Barbagelata.

Comité pro Escuela Moderna

Mañana, lunes, a las 9 p. m., en Amenábar 2059 (Belgrano), el compañero S. Cervoni continuará el curso sobre literatura francesa.

Movimiento obrero

Obreros sastres

Se avisa a los que mantienen correspondencia con esta sociedad, que en lo sucesivo deberán erigirla a nombre del nuevo secretario R. Cinza.

Obreros electricistas

Electricistas, se reune mañana la comisión administrativa, a las 2 p. m., en Rincón 630.

Hay varios asuntos a tratar.

A los zapateros

Asociados que se encuentran sin trabajo, se les invita a pasar hoy, domingo de 11 a 12 a. m., por Rincón 630, para proporcionarles trabajo.

Se necesitan sueleros y armadores de calzado para señora.

Preguntar por el compañero Benitez. Es indispensable ser asociado.

F .O. R. A.

Se invita al Consejo Federal, a la reunión que se efectuará el lunes 14 a las 8.30 p. m., en Australia 1837,

El Secretario.

Obreros caldereros

«Compañeros:

Considerando el estado anormal porque atraviesa nuestro gremio, se hace necesario una actividad por parte de todos si es que anhelamos que nuestras mejoras que en otros tiempos supimos conquistar sean, ahora más que nunca, respetadas.

Meditad un momento, compañeros, frente la cobarde actitud que los señores propietarios de los Astilleros navales han asumido con la vergonzante crisis.

Frente al descalabro social, creado por los intereses de una casta privilegiada, es necesario que todos los proletarios sepan mantener bien altos los principios del Sindicato revolucionario obrero, si es que queremos mejorar nuestra situación económica y social.

Con el presente manifiesto quedáis todos invitados a la asamblea que tendrá lugar el domingo 14 de febrero a las 8 a. m., en el local de los Marineros y Foguistas, calle Olavarría 363 para discutir el siguiente orden del día:

Lectura del acta anterior; balances; un asunto de mucha importancia para nuestro gremio; asuntos varios.

La Comisión.

Conductores de carros

La comisión de esta sociedad invita a la comisión de la sociedad herreros de obras, a la reunión extraordinaria que se efectuará el lunes 15 del corriente a las 8.30 p. m., en Australia 1837, para tratar un asunto de mucha importancia.

Se invita también a los compañeros Francisco Tadei, Francisco Ganga, César Pagliarini y Juan García ((delegado a la F. O. L. B),

El Secretario.

Obreros escoberos

Se invita al gremio en general a la gran asamblea que se efectuará el domingo 14 del corriente a las 8 a. m., en el nuevo local Laprida 329 para tratar asuntos de urgente importancia.

La Comisión.

Picapedreros y graniteros

(Sección Buenos Aires)

Al gremio en general:

Compañeros: La Comisión Administrativa os invita a la Asamblea General que se efectuará el domingo 14 de febrero a las 8 de la mañana, en el local Méjico 2070, para tratar la siguiente orden del día:

Lectura de las actas anteriores; Lectura de la correspondencia; nombrar revisadores de cuentas; reformar toda la Comisión directiva incluso el Secretario y el Tesorero; asuntos varios.

Compañeros: Os pedimos no faltéis a esta importante asamblea por ser de mucho interés los asuntos a tratarse.

Os saluda fraternalmente,

La Comisión.

Ha sido boicoteada

LA COMPAÑIA ARGENTINA DE TABACOS

La Federación Obrera Local B. ha resuelto declarar el boicot a los productos de la C. A. de T. Esta medida ha sido adoptada en vista de que los patrones de la C. A. de T., no han querido acceder a las reclamaciones de sus obreros. He aquí las marcas de cigarrillos boicoteados:

Barrilete, Caras y Caretas, Excelsior, Popular número 1, Brasil, Centenario, Sin Bombo, Sublimes, Ideales, Reina Victoria, Imperio, Monterrey, Milo, Vuelta Abajo.

Notas Varias

Por la propaganda

Invitamos a todos los camaradas de Sarandí, Villa Dominico y Crucecita a la reunión que se efectuará hoy domingo a las 2.30 p. m., en la calle Donovan 224 (Sarandí) a fin de dejar constituído un Centro de E. Sociales.

Los amantes de la educación popular, deben buscar siempre de aunar sus esfuerzos para contrarrestar la influencia nefasta de los políticos interesados en mantener la ignorancia para mejor explotar la credulidad de los que no se preocupan en buscar su propio mejoramiento.

Varios compañeros.

Anillo extraviado

El compañero De Lorenzo ha perdido en el pic-nic de la Isla Maciel, un anillo con una calavera y ofrece gratificación al que lo haya encontrado y quiera devolverlo a la administración de «La Protesta».

Nueva biblioteca

Con el nombre de Juan Jaurés, ha sido fundada una biblioteca por el Centro Socialista de Villa Ballester.

Dado los propósitos de cultura que está llamada a realizar entre los trabajadores de ese radio, veríamos con agrado que prestaran su cooperación los centros y publicaciones, remitiendo libros o ejemplares de diarios y periódicos para la mesa de lectura.

La Comisión.

"La Antorcha"

Mañana, lunes, saldrá el número 120 de este semanario con el siguiente sumario: «Nosotros»; Ley baldón, ley inicua; Carnaval, Ni pan, ni trabajo; Del amor, Anselmo González; «Las bacterias y el dinero; Vida intelectual; El pic-nic de «La Protesta»; El mirador de un excéptico, Joaquín Pesqueira; «Guerra Junqueiro», Francisco Villaespesa; «La muerte de don Juan», Guerra Junqueiro; «Charlas semanales»; Desde España (correspondencia); «Vida gremial» y notas varias.

L. de E. Racionalista

(Sección Boca)

Quedan invitados los miembros de la C. Administrativa, a la reunión que se realizará el lunes a las 8.30 p. m.

El Secretario.

Centro infantil Alba

Se invita a los componentes a la reunión que se efectuará hoy domingo a las 3 p. m., en el local de costumbre.

Se recomienda puntual asistencia.

Personas buscadas

A Diego Mosquera, que hace poco se ausentó de Buenos Aires, le busca su hermana Concepción. Remitir informes a calle Victoria 1565.

Se desea saber el paradero de Cayetano Bersaggi de profesión marinero.

Hace cuatro años que salió de Buenos Aires. Su familia desea comunicarse con él.

Dirigirse a «La Protesta».

Centro de E. S. de Belgrano

Este Centro, para poder continuar la obra, para la cual fué constituído, que es difundir la instrucción entre el pueblo, ha resuelto efectuar un picnic en Belgrano, cuyo beneficio se destinará mitad a la Liga de E. Racionalista y la otra mitad para robustecer la biblioteca y sufragar los gastos que ocasiona la propaganda del Centro.

Avisos de rifas

El cuadro con el retrato del poeta anarquista David Edelstat, que ha sido sorteado en el pic-nic de la Isla Maciel, corresponde al premio el número 215.

El agraciado puede retirarlo de California 1235.

La rifa de un cuadro estilo veneciano, con el retrato de A. Lorenzo, ha sido postergada para sortearla en la función, que organizada por el comité «La Protesta» Boca y Barracas se celebrará en breve.

Pueden solicitarse los números que aún quedan a 0.20 cada uno en California 1235.

Grupo 1. de Mayo

Con este nombre, varios camaradas han formado en la capital una agrupación ácrata con los propósitos de difundir el ideal anarquista. Editará folletos, manifiestos y dará conferencias.

El primer trabajo de la Agrupación será sacar un manifiesto antielectoral. En breve organizará una rifa.

Se reciben adhesiones morales y materiales.

La correspondencia diríjase a «La Protesta», California 1235.

Centro E. S. de V. Muñoz

Con el fin de facilitar medios para aumentar la cultura moral e intelectual del pueblo, ha sido fundado un Centro de E. Sociales.

Cuenta desde ya, con bastantes libros que han donado los compañeros iniciadores del centro para crear una biblioteca; y para ofrecer más atractivos a los lectores que concurran, se pide a las publicaciones remitan un ejemplar gratuito.

Correspondencia a Juan Biderman, Domingo Aramburo 239. (Villa Muñoz. — (Montevideo).

"ACCION LIBERTARIA"

Ha llegado el número 2 de este importante periódico anarquista que ha iniciado de nuevo su publicación en Gijón (España).

Se vende en la librería de «La Protesta».

Boicot a Retta y Chiaramonte

Aserradero y tropa

Boicot a los productos de la Compañía Argentina de Tabacos

Notas administrativas

Formosa, J. G. — Ricibimos pesos 10.—: por suscripciones hasta Enero, 6.—; por libros enviados, 1.70 y para pro-déficit, 2.30.

Santiago, A. A. B. — Id. 7.50 hasta nov. Suspendemos el diario a M. S. No tenemos motivos para no atenderlo, al contrario, es nuestro placer atender sus pedidos.

San Pedro, J. E. M. — Id. 9.— por suscripciones, tomamos nota de lo que indica.

Fuentes, A. M. — Id. 3.—. Los libros que pide no hay, enviamos catálogos.

Villa Ballester, J. C. — Id. 0.40 almanaque no hay por el momento; va periódico.

Jujuy, A. G. — Id. 5.—: para Liga Racionalista 2.—, y para libros 3.—; almanaque no hay; va libro.

Campana, P. A. — Id. 2.20: por suscripción, 1.50; libros enviados 0.70.

San Juan, F. G. — Id. 5.65: por libros remitidos y franqueo, 4.76; «La condena» y folleto no hay; queda a su favor 0.89.

Venado Tuerto, A. S. — Id. 10.—: por rifas 5.50, libros 1.60 y a cuenta suscripción 2.90.

Córdoba, F. M. — Mandamos a la sociedad panaderos las láminas que pide; sírvase cobrar 1.76 por las mismas.

Mar del Plata, C. P. — Su carta fecha 10; almanaques no hay por el momento; los demás libros los llevó personalmente P. M. G.; por separado van planillas.

San Rafael, J. S. — Id. su giro 5.—: por almanaques 1.20 y suscripción a «¡Tierra!» 3.80.

Gral Pico, J. F. — Id. 0.15, así completa 0.55; almanaque no hay hasta pronto; tenemos en cuenta su pedido.

Capital, J. R. S. — Anotamos el cambio.

CORREO

Hay cartas para: Remo Colti, Pedro Argüello, Centro Libertario Italiano, Luz al Soldado, Pedro Crostace, Fausto Primo, Ramón Barmas, secretario general de Aserradores y Anexos, Boca y Barracas, Alejandro Manzoni.

NATAL de BARBIERI (40)

Origen y Genealogía DEL HOMBRE

Florentino Ameghino y otros autores no tienen en cuenta el período laurenciano y lo incluyen en la era azóica porque en los depósitos anteriores a los del período cámbrico no se encontraron fósiles claramente determinados. Lo que se ha llamado eozón canadiense o sea organismo de la aurora de la vida, no se puede asegurar si son rastros dejados por organismos o por minerales, por cuyo motivo algunos autores los han calificado de organismos problemáticos de los mares primitivos. Pero es necesario tener en cuenta este período por los siguientes motivos: Los fósiles del período cámbrico según Darwin y otros autores, aunque muy sencillos e inferiores no lo son del todo y han tenido que ser precedidos por otros muchos más sencillos cuya evolución, que ha requerido mucho tiempo, se tiene que haber efectuado forzosamente en el período anterior o sea en el laurenciano. Y hay documentos que comprueban la exactitud de esta teoría. Son, según Haeckel los yacimientos de carbón fósil cristalino (grafito) y los calcáreos cristalinos (mármoles) que se encuentran mezclados en las rocas metamórficas, que han cambiado de estructura debido al carbón, a la presión o a otras causas. Estos minerales patentizan en réplica que las capas laurencianas encerraban en otros tiempos restos fósiles de animales y de plantas.

La genealogía del hombre que presento es a todas luces incompleta, porque si contuviera todas las formas o estadíos por los cuales ha pasado el hombre en más de cien millones de años, que se atribuye como mínimum a la Tierra desde la aparición de la vida sobre ella hasta nuestros días, deberían estar representados más de mil estadíos por lo menos. Pero contiene mucho más que ninguna otra.

No pretendo que mi genealogía del hombre sea exacta, para lo cual se precisan otros medios y otra cabeza; pero creo que se aproxima más a la verdad que todas las que tengo enumeradas en el curso de este trabajo, salvo la de Ameghino que incluyo, cosa que me perdonarán los sabios teniendo en cuenta la buena intención.

La genealogía del hombre que presento la he confeccionado sobre datos de Haeckel y siguiendo en gran parte su idea y su plan y valiéndome de muchos de sus nombres; pero no coincide con ninguno de sus tres cuadros genealógicos del hombre.

En efecto: aquí se principia por el archiplasón que no se menciona en ninguno de ellos; pero Haeckel habla de ese archiplasón en su obra «El origen de la vida». Haeckel no nombra la protomónera, pero habla de unas móneras primitivas que llama archigónicas en su obra «La creación de los seres vivos». Y creo que sienta mejor como principio de una genealogía del hombre esa materia hipotética y vaga nacida por generación espontánea que necesariamente tiene que haber existido, que la mónera que es un ser actual perfectamente constituído e individualizado.

He desechado ciertas denominaciones por considerarlas impropias. Por ejemplo, para mí el nombre de acranios les corresponde de derecho a todos los seres que carecen de cráneo, y el de ciclóstomos a todos los seres de boca circular, y como son ellos muchos no se puede usar esos términos para denominar un solo animal. La palabra reciente que Haeckel usa también no me parece apropiada para designar seres muy antiguos. Por otra parte la genealogía del hombre de Haeckel permite todas clases de interpretaciones y de cambios por lo fluctuante e indecisa que es.

Me he permitido, contra el parecer de Carlos Vogt, usar como Haeckel, porque lo considero conveniente, el término gastrea. Y me he permitido también omitir, en la parte que corresponde a Ameghino, un hominidio primitivo no bautizado ni examinado bien todavía y que este autor incluye. Y lo hice porque, como él mismo dice, dió el nombre de Homunculites a un fósil por creerlo perteneciente al tronco que lleva al hombre, y después resultó que era un simio que dió origen a varios monos. Y en este caso bien pudiera resultar algo parecido, que si fué así o de otra manera, lo ignoro.

En la parte que corresponde a Ameghino faltan varios estadíos con toda evidencia. Desde el Microbioterio al Clenialites faltan por lo menos cinco o seis, tan diferentes son en forma y tamaño; y los dos que puse no bastan; pero esta laguna la llenarán los señores paleontólogos.

Esta genealogía del hombre no es completa ni exacta. Mejor la hubiera confeccionado si tuviera lo que no tengo: medios, datos, tiempo, ciencia e inteligencia. Pero así como es sirve más que las obras, todavía por hacer, de los que de haber querido, hubieran podido hacer más y mejor, pero que no hicieron nada. Y cuando los capaces duermen no han de dolerse si los hombres de buena voluntad trabajan y hacen lo que pueden.

Esta genealogía del hombre no puede ser exacta porque el hombre en su imperfección está siempre expuesto a errar, y más que en ninguna otra, en materia como ésta tan obscura y difícil, y mucho más cuando como en mi caso la buena voluntad es mucha, pero la ciencia es poca o nada. Pero otros vendrán y lo harán mejor.

Por lo pronto, a pesar de todas las deficiencias y de todos los errores de que tiene inevitablemente que adolecér ésta genealogía del hombre nos da una idea aproximada del camino recorrido por nuestros antepasados interrumpido a veces por forzosas detenciones y por parciales retrocesos, pero en conjunto ascendiente, hacia el mayor perfeccionamiento. Esta genealogía nos hace asistir en la línea que lleva al hombre a la gradual complicación de la estructura de los organismos; a la formación y perfeccionamiento de los órganos: el estómago, la boca, los dientes, la piel, los ojos, las vértebras, el corazón, los pies, las manos, el cerebro, etc. Esta genealogía nos hace asistir a la evolución de la reproducción por escisión, bipartición o segmentación, por brotes, por monoporos, por polísporos o huevos primitivos fecundos por sí mismos, por huevos puestos y fecundados por el mismo individuo hermafrodita suficiente, por huevos fecundados recíprocamente por hermafroditas insuficientes, por huevos puestos por la hembra y fecundados después por el macho y por último por huevos fecundados por el macho antes de ser puestos.

(Continuará).